

## Reexaminando la teoría de los partidos políticos en la tercera ola de democratización

Scott P. Mainwaring\*

*Los partidos políticos dieron origen a la democracia moderna y la democracia moderna es impensable salvo en términos de los partidos.*

E.E. Schattschneider (1942:1)

La literatura teórica y comparativa sobre los partidos y los sistemas de partidos está dominada por los análisis de Europa occidental y Estados Unidos. Esta literatura sobre las democracias industriales avanzadas ha hecho enormes contribuciones que resultan relevantes para el entendimiento de los sistemas de partidos políticos dentro de lo que Huntington (1991) ha denominado la “tercera ola” democratizadora. Pero no se puede simplemente transportar al estudio de las nuevas democracias los enfoques sobre los sistemas de partidos que han sido empleados en Europa occidental sin tomar en cuenta las diferencias entre los sistemas de partidos en las democracias bien afianzadas y aquellas de los nuevos regímenes aún no consolidados. Estas diferencias plantean nuevas preguntas que permiten avances en nuestro pensamiento teórico sobre los sistemas de partidos. Si bien en los últimos 20 años se han logrado avances significativos en el estudio de los sistemas de partidos de la tercera ola, poco se ha hecho para repensar las teorías sobre los sistemas de partidos.

\* Traducido por Víctor Alarcón Olguín, Ingrid Berlanga Vasile y Juan Esteban Montes.

Se deben reconsiderar tres aspectos importantes en relación con nuestro entendimiento de los sistemas de partidos a la luz de la experiencia de las nuevas democracias en el mundo. Primero, los analistas políticos deben incorporar las variaciones en la institucionalización al análisis comparativo de los sistemas de partidos. Los sistemas de partido que están institucionalizados débilmente funcionan en forma distinta de los que están bien establecidos, con importantes implicaciones para la democracia. No obstante, los analistas políticos han puesto poca atención a este asunto.

Segundo, el enfoque bien establecido de la división o fisura social (*social cleavage*) explica algunos sistemas de partido mejor que otros, y su capacidad explicativa varía en el tiempo. Hay motivos para esperar que este enfoque será menos efectivo en la mayoría de las democracias de la tercera ola que lo fue en las de la primera ola. El enfoque de la fisura social se funda en la idea de que las identidades sociales como clase, religión, etnia y región, proporcionan una base de intereses comunes y, por ende, genera simpatías partidarias duraderas. En muchas democracias nuevas, sin embargo, las clases sociales están menos organizadas y más fragmentadas que en las democracias de décadas atrás. No sólo los sistemas de partidos están menos estructurados por las divisiones sociales, sino que están menos estructurados que los sistemas de partidos de las antiguas democracias.

La importancia del enfoque de las divisiones sociales ha disminuido en las últimas décadas como herramienta para entender los sistemas de partidos en Europa occidental. En este sentido parece haber una convergencia entre la teoría de los sistemas de partidos basada en las viejas democracias y la realidad de las nuevas. La fuerza de los enfoques de las fisuras sociales sigue siendo mayor para la mayoría de los casos de Europa occidental que para la mayoría de los casos de la tercera ola. Además, mientras que en Europa occidental los valores posmateriales, sobre todo entre los votantes instruidos, son la causa predominante de la pérdida de capacidad predicadora del modelo de la división social, en las democracias de la tercera ola han sido otros los factores que han dificultado la aplicación de este enfoque teórico.

Por último, muchos casos de la tercera ola sugieren que tenemos que poner más atención a la capacidad del Estado y de las elites políticas para reformar los sistemas de partidos desde arriba. Los enfoques más importantes para la formación de los sistemas de partidos —la división social y el modelo espacial— han puesto énfasis en cómo la sociedad estructura los sistemas de partidos desde abajo. Los casos de la tercera ola muestran que también debemos examinar cómo el Estado y las élites políticas han reformado los sistemas de partidos desde arriba. Suprimiendo partidos y sistemas de partidos, y deliberadamente generando nuevos, el Estado puede reformar decisivamente un sistema de partidos. Las elites políticas pueden alterar los sistemas

de partidos desde arriba en una gran variedad de formas, sea cambiando los partidos e induciendo a fusiones y cismas.

## La institucionalización del sistema de partidos

Cuando se piensa en los sistemas de partidos en las nuevas democracias, la institucionalización del sistema de partidos es crucial,<sup>1</sup> para lo cual resulta apropiada una breve síntesis del actual conocimiento sobre comparaciones y clasificaciones de los sistemas de partidos. La formulación más trascendente la aporta Giovanni Sartori en *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis* (1976). Sartori concibe dos dimensiones de los sistemas de partidos como especialmente importantes: el número de partidos relevantes y el grado de polarización ideológica. Para contar los partidos relevantes, Sartori incluye a aquellos con “potencial de coalición”, esto es, que puedan formar parte de una coalición gobernante, así como a partidos cuya existencia afecta las tácticas de competencia entre partidos. Su medida de polarización ideológica, implementada más claramente por Sani y Sartori (1983), se enfoca en la distancia ideológica entre los partidos, esto es, en la amplitud del conflicto ideológico. Empleando estas dos dimensiones, su tipología incluye cuatro tipos de sistemas de partidos democráticos: bipartidista, pluralismo moderado (multipartidismo con poca polarización ideológica), pluralismo polarizado (multipartidismo con polarización significativa) y el predominante (en el que el mismo partido consistentemente gana una mayoría de escaños). Sartori también analizó dos tipos de sistemas no democráticos, pero aquí son de menor interés.

Aunque la obra de Sartori ha sido cuestionada en varias formas (por ejemplo, I. Daalder, 1983; Santos, 1986), sigue siendo el tratado teórico amplio más trascendente en materia de sistemas de partidos. Sus dos dimensiones para clasificar los sistemas de partidos siguen siendo muy influyentes; su tipología sigue siendo la más útil para clasificar a los partidos políticos en las democracias industriales avanzadas, a pesar de que el “número efectivo de partidos” de Laakso y Taagepera (1979) ha suplantado a las reglas menos definidas de Sartori para contar los partidos.<sup>2</sup> Muchos otros

<sup>1</sup> Esta sección se basa en Mainwaring y Scully (1995:4-16).

<sup>2</sup> El número efectivo de partidos se calcula elevando al cuadrado la cantidad de votos del partido (o de escaños), sumando los cuadrados y dividiendo uno por su suma.

$N=1$

$\sum p_i^2$

analistas (por ejemplo, Blondel, 1968; Duverger, 1954) se han focalizado sobre todo en el número de partidos para clasificar a los sistemas de partidos.

En regiones donde la democracia no se ha consolidado, el problema con clasificar a los sistemas de partidos principalmente de acuerdo con el número de partidos es que pasa por alto las diferencias sustanciales en el grado de institucionalización de los sistemas de partidos y, por tanto, en el funcionamiento de la política democrática. Es engañoso tratar a todos los sistemas multipartidistas como una categoría no diferenciada cuando hay amplias diferencias en la institucionalización. Brasil y Suecia tienen sistemas multipartidistas, pero el sueco está mucho más institucionalizado que el de Brasil. Al aglutinar todos los casos de multipartidismo se esconden diferencias profundas en la naturaleza de los sistemas. La mayoría de la literatura no ha reconocido este hecho; Sartori fue uno de los pocos analistas que sí lo hizo, pero no logró conceptualizarlo adecuadamente.

Las diferencias entre las democracias con sistemas de partidos más institucionalizados y las que cuentan con sistemas de partidos fluidos son significativas. Los sistemas de partidos institucionalizados estructuran el proceso político en alto grado. En los sistemas fluidos, los partidos son actores importantes en algunas formas, pero no tienen el mismo efecto estructurador. Al valorar o comparar los sistemas de partidos de las democracias contemporáneas sin hacer referencia al nivel de institucionalización, se pasa por alto un aspecto de los sistemas de partidos tan importante como el número de partidos. Si restringimos el análisis a las democracias industriales avanzadas, hay mucho menos discrepancia en los niveles de institucionalización que si incluimos a las democracias fuera de dicho grupo restringido. Por tanto, hay menos necesidad de incorporar un análisis de la institucionalización del sistema de partidos en estos casos. No obstante, desde que la tercera ola de democratización empezó en 1974, un número considerable de democracias mundiales se han desarrollado en países de ingresos medios y bajos, muchos de los cuales tienen sistemas de partidos fluidos. Un mayor esfuerzo por clasificar los sistemas de partidos deberá incorporar

---

donde  $N$  es el número efectivo de partidos y  $p_i$  es la porción de escaños (o votos) de cada partido. Por ejemplo, si cuatro partidos ganaron 40%, 30%, 20% y 10% del voto, entonces  $N_v$  (el número de partidos efectivos en votos) sería:

$$\frac{1}{.4^2 + .3^2 + .2^2 + .1^2} = 3.33$$

Un gran número efectivo de partidos significa que los escaños (o votos) están dispersos ampliamente entre muchos partidos.

la crucial dimensión de la institucionalización; empero, esta dimensión sigue siendo subteorizada en la política comparada.

Esto no quiere decir que el número de partidos y la distancia ideológica son criterios irrelevantes para comparar, analizar y clasificar los sistemas de partidos, sino que al comparar y clasificar los sistemas de partidos más allá de las democracias industriales avanzadas debemos poner atención en el grado de institucionalización, además de las dos dimensiones de Sartori.

Un sistema es una combinación de partes interrelacionadas que interactúan con un patrón definido para conformar un todo complejo. Un sistema de partidos, luego, es el conjunto de partidos que interactúan con un patrón determinado. La noción de patrones de interacción sugiere que algunas reglas y regularidades en la forma en que los partidos compiten son ampliamente observadas, aunque estos patrones sean impugnados y cambien. La idea de sistema también implica continuidad en los componentes que conforman el sistema. Si hay una clara discontinuidad en las partes componentes, significa que un sistema distinto ha desplazado al anterior.

Un sistema de partidos tiene tres límites más allá de los cuales es incuestionable usar este término. En casos de volatilidad extrema de un sistema de partidos, donde los partidos más fuertes en una elección dejan de existir en la otra, podría resultar inútil hablar de sistema. Bajo estas circunstancias, es dudoso que los partidos interactúen con un patrón preestablecido. Tales casos son poco comunes, pero Rusia en los noventa y Perú en la primera mitad de esa década se aproximaron a esta situación. Segundo, en los casos de personalismo extremo, donde los partidos tienen poco control sobre quién logre el acceso a algún cargo político y donde muchos políticos no están afiliados a ningún partido, es dudoso que exista un sistema. En dichos regímenes la contienda política se desarrolla en torno a las personalidades más que a los partidos; estos últimos son de importancia secundaria para la mayoría de los votantes y para muchos candidatos. Conaghan (1996) considera que Perú, desde 1992 es un caso de un sistema sin partidos. Tercero, como Sartori (1976) ha observado, un sistema debe constar de cuando menos dos partes; es un oxímoron hablar de un sistema unipartidista. En casos de un partido único, es más apropiado hablar de un sistema Estado-partido.

Aunque mi definición de sistema de partidos se funda en la de Sartori (1976:43-44), mi entendimiento de los alcances de este concepto difiere de la suya. Sartori emplea la noción en una manera más restrictiva. Por ejemplo, argumentaba (1976:185) que Colombia no tenía un sistema de partidos, y en la introducción que hizo a la edición brasileña de su libro señaló que Brasil tampoco lo tenía.

Sartori se adentra en una visión interesante porque los sistemas colombiano y brasileño difieren sustancialmente de aquellos de las democracias industriales avan-

zadas. Sin embargo, no debería decirse que esos países no contaban con sistemas de partidos. El sistema colombiano tenía dos partidos principales (los liberales y los conservadores) que dominaban la contienda electoral desde el siglo XIX, y los patrones de competencia entre ambos tenía una regularidad considerable. La volatilidad electoral (el paso de un partido a otros, de una elección a la siguiente) ha sido baja por décadas. Asimismo, los partidos colombianos han estado bien enraizados en el electorado y han sido actores políticos importantes (Archer, 1995). De manera similar, tanto entre 1946 y 1964 como entre 1966 y 1979, los partidos brasileños cumplían con los requisitos fundamentales de la noción de sistema. Había patrones de interacción en la contienda entre partidos; el número de partidos y los partidos mismos eran razonablemente constantes; la fuerza electoral de los partidos cambió a través del tiempo, pero no a sobresaltos y límites dramáticos; y los partidos ganaron apoyo electoral sobre la base de aspectos sociales distintivos y preestablecidos. Si los casos con alta continuidad de los principales partidos y volatilidad electoral moderada no tienen sistemas de partidos, supuestamente la mayoría de las democracias de la tercera ola no tendrían sistemas, ya que Colombia y Brasil (1945-1964) tuvieron sistemas más institucionalizados que la mayoría de los casos de la tercera ola. Contrariamente a la óptica de Sartori, siempre que se dé una contienda abierta entre partidos, aunque sea unos cuantos años, casi siempre se desarrollará un sistema, ya que los políticos encuentran útil crear identidades que ayuden a establecer un universo simbólico para los votantes y a organizar los asuntos legislativos. Sólo en casos excepcionales de fluidez, personalismo y volatilidad, dejarán de existir virtualmente las propiedades que definen a un sistema.

Más que seguir la noción restrictiva de Sartori de sistema y su distinción dicotómica entre sistemas y no sistemas, este análisis se enfoca en los distintos niveles de institucionalización. La *institucionalización* se refiere al proceso mediante el cual una práctica u organización queda bien establecida y se reconoce ampliamente, si no es que se acepta universalmente. Los actores desarrollan expectativas, orientaciones y un comportamiento basado en la premisa de que esta práctica u organización prevalecerá en un futuro cercano. En política, la institucionalización significa que los actores políticos tienen expectativas claras y estables sobre el comportamiento de otros actores. En palabras de Huntington, “institucionalización es el proceso mediante el cual las organizaciones y procedimientos adquieren valor y estabilidad” (1968:12).

Un sistema de partidos institucionalizado, entonces, es aquél en el que los actores desarrollan expectativas y conductas basadas en la premisa de que los principios y reglas fundamentales de la competencia y la conducta políticas prevalecerán en un futuro cercano. En dicho sistema, hay estabilidad en cuanto a cuáles son los principales partidos y en cómo se comportan. La institucionalización no excluye el cambio completamente, sino que lo limita.

Implícitamente, Satori concibe la institucionalización (aunque emplea el término “consolidación estructural” en cambio) como una dicotomía: un sistema está consolidado estructuralmente —y pocos sistemas realmente lo están— o bien, no es un sistema. Sin embargo, no hay nada dentro de la definición de sistema que implique una demarcación tan estricta de los límites. Representaría una pérdida que al tener la mayoría de las democracias del mundo sistemas de partidos menos institucionalizados, se les conciba como no-sistemas, como no susceptibles de ser comparados con las democracias establecidas. La institucionalización del sistema de partidos, de esta manera, se conceptualiza más eficazmente, a lo largo de una línea continua.<sup>3</sup>

La noción de institucionalización no debe entenderse en forma teleológica, ni tampoco se trata de un proceso lineal; no hay una progresión obligada de una institucionalización débil a una más fuerte. Los sistemas de partidos pueden desinstitucionalizarse; el italiano, canadiense, peruano y venezolano en los noventa sirven de ejemplo. La institucionalización no requiere descansar en un tipo de partido en particular. Puede darse en sistemas con partidos comparativamente laxos, como en Estados Unidos, o con partidos programáticos, ideológicos, como en algunos países de Europa occidental. Como ha argumentado Kitschelt (1995), la institucionalización puede darse mediante posturas programáticas o a través del clientelismo.

Aunque comúnmente se asocia la institucionalización débil con una gama de problemas, esto no significa que sea positiva una institucionalización extrema. Al contrario, niveles de institucionalización muy altos pueden resultar de un sistema de partidos inefectivo. La relación entre la institucionalización del sistema de partidos y la calidad de la democracia, entonces, no es lineal (Schedler, 1995). Un sistema de partidos institucionalizado es difícilmente una panacea.

## **Dimensiones de la institucionalización del sistema de partidos**

Hay cuatro dimensiones de la institucionalización del sistema de partidos. Primero, los sistemas de partidos más institucionalizados gozan de considerable estabilidad

<sup>3</sup> A lo largo de este libro, a menos que especifique lo contrario, quiero decir sistemas de partidos democráticos —esto es, sistemas de partidos en sistemas políticos democráticos— cada vez que trato los sistemas de partidos institucionalizados. Repetir “sistemas de partidos democráticos institucionalizados” es molesto. Sin embargo, los sistemas de partidos no democráticos también pueden volverse institucionalizados. Por ejemplo, el sistema de partidos hegemónico de México estaba muy institucionalizado entre los años cuarenta y los ochenta.

(Przeworski, 1975); los patrones de competencia de partidos manifiestan regularidad. Un sistema donde los partidos principales regularmente aparezcan y desaparezcan, o se vuelvan partidos menores, no está bien institucionalizado.

Segundo, en los sistemas más institucionalizados, los partidos tienen fuertes raíces en la sociedad. Los vínculos entre los partidos y los ciudadanos son estables; de lo contrario, los partidos no estructuran las preferencias políticas a través del tiempo y hay una regularidad limitada en la forma en que la gente vota. Los fuertes vínculos del partido con la sociedad ayudan a dar la regularidad a la contienda electoral que la institucionalización requiere. En sistemas de partido fluidos o menos institucionalizados, más ciudadanos tienen problemas para descubrir lo que los partidos representan, y son menos los ciudadanos que se identifican con los partidos. De manera similar, los vínculos entre los intereses organizados y los partidos son más estrechos que en los sistemas fluidos.

Como consecuencia de estos vínculos entre los partidos y sus bases, los partidos en sistemas más institucionalizados tienden a ser consistentes con sus relativas posiciones ideológicas. Un partido que está marcadamente a la izquierda de otro partido no se va de repente a su derecha simplemente para obtener una ventaja electoral a corto plazo: los partidos están constreñidos por su necesidad de mantener partidarios fieles (Kitschelt, 1989:1-8, 41-74). El que los partidos grandes cambien su relativa postura ideológica denota que existen lazos débiles entre los partidos y la sociedad, así como una falta de regularidad en el proceso de competencia de los partidos y en la forma en que se relacionan con los actores sociales.

Tercero, en un sistema más institucionalizado, los actores políticos conceden legitimidad a los partidos. Los ven como una parte necesaria de la política democrática incluso si son críticos de partidos específicos y muestran escepticismo sobre los partidos en general. Allí donde los ciudadanos creen que los partidos son una institución central para la política democrática, hay mayor tendencia a una estabilidad del sistema.

Finalmente, en un sistema más institucionalizado, las organizaciones de partidos son importantes. Los partidos no están subordinados a los intereses de algunos líderes ambiciosos; adquieren un estatus independiente y un valor por sí mismos. La institucionalización se ve limitada siempre que un partido sea el instrumento personal de un líder o de un pequeño grupo. El partido se torna autónomo *vis-à-vis* individuos que inicialmente pudieron haber creado el partido para fines instrumentales. Es signo de una mayor institucionalización del sistema que las estructuras del partido estén firmemente establecidas, sean extensas territorialmente, estén bien organizadas y tengan sus propios recursos. En sistemas más institucionalizados, hay rutinización de los procedimientos intrapartidarios, incluyendo procedimientos de selección y cambio del liderazgo del partido (Panbianco, 1988:53-65; Janda, 1980:19-28, 98-107).



La transferencia pacífica del liderazgo de una persona o pequeño grupo a un grupo distinto indica un proceso de institucionalización. El PRI mexicano, en que el presidente dominaba al partido, pero en el que había una rotación en la presidencia y frecuentemente en el liderazgo partidista cada seis años, ilustra una forma de institucionalización; el periodo en el que un individuo específico dominaba un partido estaba claramente definido. En cambio, encontramos casos de institucionalización débil como el Cambio 90 de Alberto Fujimori en Perú, el Partido de Reconstrucción Nacional de Fernando Collor en Brasil, o el Partido Justicialista de Perón en Argentina, en donde un solo líder creó y siguió dominando un partido.

La institucionalización del sistema de partidos implica un compromiso a una organización y a algunas metas colectivas mínimas (especialmente ganar las elecciones); requiere lealtad más allá que a un solo líder. En sistemas más institucionalizados, pocos políticos cambian de partido, ni muestran públicamente apoyo hacia candidatos de otros partidos.

Estas cuatro dimensiones de la institucionalización no tienen que darse juntas, pero casi siempre lo están. Conceptualmente, un sistema de partidos podría estar bien institucionalizado en un rubro y débilmente en otro, pero, empíricamente, esta es la excepción.

Los sistemas de partidos caracterizados por un menor grado de institucionalización pueden denominarse fluidos. Esto implica menor regularidad en los patrones y reglas de contienda partidaria, vínculos menos firmes del partido con la sociedad, menos legitimidad de los partidos y las elecciones, y organizaciones partidistas más débiles, casi siempre dominadas por líderes personalistas.

## **Comparando niveles de institucionalización: la volatilidad electoral**

Para desarrollar el argumento de que los sistemas democráticos de partidos contemporáneos difieren en muchas formas que no pueden ser captadas por la tipología de Sartori, comparemos algunos casos de Europa occidental, del Sur, del Centro Este, así como América Latina, de acuerdo con los cuatro criterios de institucionalización propuestos anteriormente.

La información muestra diferencias claras en el grado en que los sistemas de partidos están institucionalizados. Estas diferencias tienen implicaciones importantes para la política democrática.

El primer criterio de institucionalización, en que los patrones de competencia partidaria manifiestan regularidad, es fácil de medir y comparar con base en un índice de

volatilidad electoral. La volatilidad electoral es el cambio agregado de un partido a otros de una elección a otra (Przeworski, 1975; Pedersen, 1983). Se calcula añadiendo el cambio neto en el porcentaje de votos ganados o perdidos por cada partido de una elección a la siguiente, y luego dividiéndolo entre dos. Por ejemplo, en un sistema bipartidista, si el Partido A gana 43% en la primera elección y 53% en la segunda, mientras que el Partido B baja de 57% a 47%, la volatilidad es igual a 10 más 10, dividida entre dos, o 10.

En la tabla 1 se muestran los patrones de volatilidad electoral para elecciones democráticas de la cámara baja en 1945-1996 para algunas democracias de la tercera ola y otras ya establecidas. Sólo el periodo más reciente de democracia se toma en cuenta en países donde hubo un quiebre democrático. Excluyendo periodos democráticos anteriores podemos averiguar si los casos de la tercera ola a menudo tienen sistemas de partidos distintivos.

Hay marcadas diferencias entre los casos más institucionalizados y los que lo están en menor medida. La volatilidad es mucho más alta en la mayoría de los casos latinoamericanos y postsoviéticos que en las democracias establecidas. Los sistemas de partidos abarcan desde casos muy estables (Estados Unidos, Suiza, Finlandia y Suecia) a extremadamente volátiles (Bolivia, Brasil, Ecuador, Perú, Polonia y Rusia). En Estados Unidos, en promedio, si empleamos los resultados electorales en unas elecciones para predecir los resultados de la siguiente, erraríamos en sólo 4% del voto agregado. En Perú, siguiendo el mismo procedimiento, el error sería casi 15 veces mayor (58.5%). Estas diferencias tan dramáticas en la estabilidad de los patrones de competencia partidista están relacionadas con diferencias significativas en la democracia.

## Raíces del partido en la sociedad

En sistemas de partidos más institucionalizados, los partidos desarrollan raíces fuertes y estables en la sociedad. Donde los partidos tienen fuertes raíces en la sociedad, la mayoría de los votantes se sienten conectados a un partido y votan por sus candidatos generalmente. Los grupos de interés organizados frecuentemente apoyan a un partido y pueden ser dirigidos por líderes de partidos.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Huntington (1968) y Panebianco (1988) ven la autonomía de partidos *vis-à-vis* grupos de interés organizados como una expresión de la institucionalización. No comparto esta visión. Donde los vínculos entre los partidos y los grupos de interés son más fuertes, es más probable que los partidos estén más afianzados en la sociedad, haciendo al sistema más (y no menos) institucionalizado.

**Tabla 1**  
**Volatilidad electoral en la cámara baja de 26 países**

<i>País</i>	<i>Lapso de tiempo</i>	<i>Núm. de periodos Electorales</i>	<i>Volatilidad promedio</i>	<i>País</i>	<i>Lapso de tiempo</i>	<i>Núm. de periodos electorales</i>	<i>Volatilidad promedio</i>
EU	1944-1994	25	4	Argentina	1973-1995	7	18.8
Suiza	1947-1995	12	4.7	Costa Rica	1953-1994	10	22.9
Finlandia	1945-1995	14	7.8	México	1988-1994	2	22.4
Suecia	1944-1994	16	8.5	Chile	1973-1993	2	23.4
Uruguay	1971-1994	3	10.4	Eslovaquia	1990-1994	2	26.5
Bélgica	1946-1995	16	11	Venezuela	1958-1993	7	27.4
Colombia	1970-1994	6	11.2	Rep. Checa	1990-1996	2	29.2
Noruega	1945-1993	12	11.2	Polonia	1991-1993	2	31.4
Italia	1946-1996	13	12	Brasil*	1982-1994	4	33
Portugal	1974-1993	8	15.2	Bolivia	1979-1993	4	34.5
Grecia	1974-1993	6	15.5	Ecuador	1979-1996	4	38.6
España	1974-1993	6	16.3	Rusia	1993-1995	2	54
Francia	1945-1993	14	18.3	Perú	1980-1995	-	58.5

FUENTES: información sobre América Latina proviene de Nohen (1993); *Statistical Yearbook of the Republic of Argentina*, vol. 10 (1994) (Buenos Aires, INDEC); Argentina (1995), legislativo, Mark Jones, comunicación personal, Argentina (1995), presidencial; de muchos artículos del *Boletín Electoral Latinoamericano* (San José, Instituto Interamericano de Derechos Humanos); Bolivia (1993), René Mayorga, comunicación personal; Brasil (1994), *Folha de Sao Paulo*, 16, 21 de noviembre de (1994); Ecuador (1996), resultados provisionales publicados en internet por Emerinfo en <http://mia.lac.net/opcion96/resultados/exitdipn.htm>; Paraguay (1993), Diego Abente, comunicación personal; Perú (1995), resultados oficiales publicados en internet en <http://ekecorp.net.pe/jne/>; y Venezuela, (1993), elecciones parlamentarias en Venezuela, en internet en <http://www.universal.nl/users/derksen/election>. Información sobre Europa y EU proviene de Mackie y Rose (1991). Para actualizaciones después de 1991 e información sobre Rusia y Polonia, ver varios números del *European Journal of Policy Research*. Información sobre Eslovaquia y la República Checa fue proporcionada por Kevin Krause, comunicación personal. Información de 1995 y 1996 proviene de *Parliamentary Elections around the World*, página en internet (<http://www.universal.nl/users/derksen/election>).

NOTA: los cálculos de la volatilidad han seguido cinco reglas: (1) En casos de divisiones en un partido, la facción ganadora de la mayor parte de los votos en las siguientes elecciones es considerada por lo general la continuación del viejo partido. La excepción se da cuando un partido más pequeño mantiene el nombre original. La otra facción se considera como nueva. (2) Lo inverso se aplica a las fusiones. El partido más pequeño que se funde, se considera que ha desaparecido en la siguiente elección. (3) Las alianzas formales son tratadas como una combinación de los partidos aliados. La volatilidad se calcula comparando su participación combinada en las últimas elecciones en que intervinieron por separado, con su participación en la elección actual. (4) Cuando los cambios de nombre no surgieron a partir de fusiones o conllevaron a divisiones, el partido recién nombrado se considera como el mismo que el partido con el nombre antiguo. (5) En países con segunda vuelta, sólo los resultados de la primera han sido tomados en cuenta.

\* La información de Brasil corresponde a los escaños, dado que la información completa sobre los votos no estaba disponible para algunas elecciones.

Si bien las raíces de los partidos en la sociedad y la volatilidad electoral son separables analíticamente, están vinculadas porque las fuertes raíces del partido en la sociedad limitan la volatilidad electoral. Si la mayoría de los ciudadanos apoyan al mismo partido de una elección a la siguiente, hay menos votantes indecisos, y así son menos probables los giros electorales masivos que sí son comunes cuando la volatilidad es alta. Al contrario, donde los partidos tienen raíces débiles en la sociedad, hay más votantes independientes, y así, son más los posibles votantes que cambien su lealtad electoral de una elección a la siguiente, trayendo consigo un mayor potencial de volatilidad electoral masiva.

Donde los partidos están enraizados profundamente en la sociedad, la mayoría de los votantes apoyan al mismo partido a través del tiempo y en distintos tipos de elecciones. La información sobre votaciones y encuestas indican el grado en que los votantes emiten su voto sobre una base partidista (y por ende el grado en que los partidos están afianzados en el electorado). Los partidos estarán más enraizados si la mayoría de los votantes dicen que votaron o pretenden votar por candidatos del mismo partido en elecciones consecutivas.

De manera similar, la información a nivel local y nacional puede indicar congruencia o divergencia entre los patrones de votación para una posición u otra. Por ejemplo, la diferencia entre la votación presidencial y legislativa proporciona información relevante sobre qué tan profundamente penetran los partidos en la sociedad. Donde los partidos moldean las preferencias políticas de la mayoría de los votantes, esta diferencia debería ser menos pronunciada, dejando los demás aspectos constantes.<sup>5</sup> Los ciudadanos votan más frecuentemente por las siglas del partido, y por ende tienden a votar por el mismo en las elecciones presidenciales y legislativas. En la tabla 2 se muestra la diferencia promedio entre el porcentaje de votos de cámara baja ganados por los partidos y su porcentaje en las elecciones presidenciales. La tabla 2 está limitada a las elecciones presidenciales y a las de la cámara baja concurrentes porque la dinámica en las no concurrentes es esperable que difiera (Shugart y Carey, 1992:226-258), tendiendo hacia una diferencia mucho más grande entre la votación presidencial y la legislativa.

<sup>5</sup> La estructura de la boleta de votación y las reglas electorales también afectan la diferencia entre la votación del Ejecutivo y del Legislativo. Por ejemplo, las reglas electorales de Uruguay, Bolivia y Honduras imponen una votación sin divisiones de la boleta entre los partidos (*straight ticket voting*), de tal forma que el resultado del voto presidencial y legislativo por partido son prácticamente idénticos.

**Tabla 2**  
**Voto presidencial comparado con el voto de la cámara baja,**  
**elecciones concurrentes**

<i>País</i>	<i>Lapso de tiempo</i>	<i>Núm. de elecciones</i>	<i>Diferencia promedio</i>	<i>País</i>	<i>Lapso de tiempo</i>	<i>Núm. de elecciones</i>	<i>Diferencia promedio</i>
México	1982-1994	3	3.2	Venezuela	1973-1993	5	12.3
Perú	1980-1995	4	9.7	Chile	1989-1993	2	15.3
EU	1944-1992	13	10.3	Colombia	1974-1994	6	16.3
Paraguay	1989-1993	2	10.4	Ecuador	1978-1996	4	25.9
Argentina	1973-1995	4	10.9	Brasil	1994	1	44.1
Costa Rica	1970-1994	7	11				

Fuentes: ver tabla 2-1.

Nota: los valores absolutos de las diferencias entre las porciones del voto presidencial y de la cámara baja que cada partido obtuvo, fueron agregadas y la suma dividida entre dos.

Las divisiones generalizadas de votos también tienden a indicar que hay raíces débiles del partido en la sociedad. Este indicador es útil principalmente para los sistemas presidenciales o semipresidenciales porque algunos sistemas parlamentarios no tienen ninguna posibilidad de tener una división de votos a nivel nacional.<sup>6</sup> En Estados Unidos, desde 1976, el 25% de los votantes han dividido su voto a nivel nacional. En contraste, las encuestas indican que en Rusia el 70% de los votantes planeó hacer esto en las elecciones nacionales de 1993 (White, Rose y McAllister, 1997:139).<sup>7</sup>

El porcentaje de encuestados que reconocieron tener una preferencia hacia un partido también permite determinar el grado en que los partidos están enraizados en la sociedad. La información muestra una brecha entre la mayoría de las democracias industriales avanzadas, y la mayoría de las democracias de la tercera ola, excepto

<sup>6</sup> Los sistemas parlamentarios bicamerales o los sistemas que dan a los votantes dos votos (Alemania) tienen la oportunidad de dividir su voto (*ticket splitting*), pero no es directamente comparable con el Presidente y el Congreso.

<sup>7</sup> Un análisis más profundo de división del voto de lo que es posible aquí debería controlar el número efectivo de partidos. Conforme el número aumenta, también lo hacen las opciones de división del voto, independientemente del nivel de institucionalización. La división del voto puede reflejar la acción de un votante racional e informado, pero de todos modos indica el apego comparativamente débil del ciudadano hacia un partido determinado.

Grecia y Uruguay, donde la identificación con un partido se asimila más a la de la mayoría de Europa occidental. En la mayoría de los países de Europa occidental, de 60 a 70% de los votantes se identifica al menos un poco con un partido (H. Schmitt, 1989), aunque esta figura ha declinado en las décadas recientes. Según White, Rose y McAllister (1997:135), sólo 22% de encuestados en Rusia reportan identificarse al menos un poco con algún partido. En otros lugares, Rose (1995:22) constata que 80% presenta una preferencia partidista en Inglaterra, comparada a 40% de la República Checa, a 30% de Eslovaquia, a 20% en Hungría y sólo a 15% en Polonia. Rose (1995) habla de los votantes desmovilizados de Europa centro-oriental, refiriéndose a individuos que no tienen un partido favorito ni confían en los partidos; dichos votantes conforman la mayoría en toda la región.

En Europa del sur, en 1989, las figuras de identificación con los partidos oscilaba entre un bajo 30% en España y 63% en Italia (H. Schmitt, 1989:183-184). En América Latina, según información del Latinobarómetro (ver Lagos, 1996, para mayores detalles), los ocho países para los que está disponible la información (Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela) obtuvieron un rango considerable entre los simpatizantes de los partidos; de 67.1% de encuestados en Uruguay a menos de 40% en Argentina (37.6%), Chile (35.9%), Venezuela (33.3%) y Brasil (32.5%). En una encuesta realizada en 1995 en Lima, Perú, sólo 20% de los encuestados dijeron que se identificaban con algún partido (Conaghan, 1996:22). En suma, en prácticamente todas las democracias industrializadas avanzadas la mayoría de los votantes tienen preferencia por un partido, mientras que en muchas democracias de la tercera ola la gran mayoría no.

La capacidad de los partidos de sobrevivir durante un largo tiempo indica que probablemente han capturado las lealtades a largo plazo de ciertas categorías sociales. Aunque los grandes partidos podrían en teoría sobrevivir un tiempo considerable ganando consistentemente el apoyo de los votantes independientes, esta perspectiva es poco probable. Por tanto, en los sistemas más institucionalizados es esperable que los partidos tengan historias organizacionales más largas que en los menos institucionalizados. La tabla 3 muestra el porcentaje del voto en las elecciones de cámara baja más recientes que fue captado por los partidos más antiguos, donde 1950 fue el año elegido arbitrariamente como punto de partida para definir un partido viejo. El análisis es restrictivo para determinar que un partido haya existido desde 1950. Un partido pudo haber cambiado su nombre, pero sólo si existía una clara continuidad organizacional. Cuando un partido que existió en 1950 experimentó divisiones posteriores, sólo la existencia de uno (por regla general, el mayor) de los descendientes se cuenta a partir de 1950.

Una vez más, los contrastes son sorprendentes. En las elecciones estadounidenses de 1994, los partidos creados en 1950 capturaron 97.2% del voto; le seguían Noruega (90%), Suecia (88.7%) y Finlandia (82.3%). En contraste, pocos partidos anteriores a 1950 en Bolivia, Ecuador, Brasil y Perú siguen teniendo una importancia electoral. En Perú, sólo un partido existente en 1950, el APRA, compitió en las elecciones de 1995, captando un escaso 4.1% de los votos de la cámara baja. La tabla 3 excluye los casos postsoviéticos debido a que el largo periodo del régimen comunista dificultó la supervivencia de los partidos viejos (Cotta, 1994). Empero, la rapidez con la que han aparecido y desaparecido los partidos en Rusia y Polonia es asombrosa. Moser (1995:10) observa que “de los 13 bloques electorales compitiendo en las elecciones parlamentarias de 1993, sólo cuatro existían bajo el mismo nombre el año previo”.

Una vez más excluyendo los casos postsoviéticos, la tabla 4 mira desde otro ángulo la antigüedad de un partido. Mientras que la tabla 3 medía la porción de escaños hacia 1996 de los partidos relativamente antiguos, la tabla 4 indica las edades de los partidos que ganaron al menos 10% de los escaños en las elecciones legislativas recientes.<sup>8</sup> Para determinar el año de fundación de los partidos, me permití hacer cambios de nombres si había una clara continuidad organizacional. La tabla 4 una vez más subraya la efímera naturaleza de muchos partidos en Bolivia, Brasil, Ecuador y Perú, y la naturaleza pertinaz de muchos partidos en los sistemas multipartidistas de Europa occidental.

La habilidad de los candidatos apartidarios y antipartidistas para ganar cargos públicos sirve como otro indicador del afianzamiento del partido en la sociedad. Donde los ciudadanos tienen fuertes lazos a un partido, esos candidatos no ganan elecciones. En las democracias consolidadas, es poco común que un gran número de candidatos antipartidistas o apartidarios tenga éxito. En contraste, en las nuevas democracias con sistemas fluidos de partidos, los políticos independientes pueden ganar cargos. El espacio para los populistas es mayor, sobre todo en los sistemas presidenciales, ya que los candidatos pueden acudir directamente a las masas para convertirse en Jefe de Estado sin la necesidad de ser elegido como jefe del partido. Los candidatos pueden capturar altos cargos ejecutivos tales como la presidencia o gubernaturas sin estar afianzados en un partido consolidado. Por ejemplo, el presidente brasileño Fernando Collor de Mello (1990-1992) creó un partido para lanzarse como presidente en 1989, e hizo campaña contra los partidos. Siete meses después de su toma de posesión,

<sup>8</sup> La idea fue sugerida por Dix (1982).

**Tabla 3**  
**Porcentaje de votación reciente para la cámara baja**  
**por partidos fundados en 1950**

<i>País</i>	<i>Partidos fundados en 1950</i>	<i>Año</i>	<i>% de electoral votación</i>
EU	Demócrata, Republicano	1994	97.2
Noruega	Liberal, Conservador, Laborista, Centro, Popular Cristiano	1993	90
Suecia	Social Demócrata, Unión Moderada, Centro, Izquierda, Popular	1994	88.7
Finlandia	Social Demócrata, Popular Sueco, Centro, Coalición Nacional, Alianza del Ala Izquierda	1995	82.3
Paraguay	Colorado-Asociación Nacional Republicana, PRLA	1993	80.2
Suiza	Demócrata Cristiano, Liberal, Conservador, Demócrata Radical, Social Demócrata, Popular Suizo	1995	76.6
México	PRI, PAN, PPS, PARM	1994	75.1
Colombia	Liberal, Conservador	1994	72.1
Argentina	Radical, Justicialista, PDP, PDM, PAL, PB	1995	69.1
Uruguay	Colorado, Nacional	1994	61.2
Bélgica	Popular Cristiano, Libertad y Progreso, Francófono Socialista, Socialista Flamenco, Volksunie, Socialista Cristiano <sup>a</sup>	1995	60
Venezuela	AD, COPEI	1993	56.7
Francia	Socialista, Comunista, Conservador, Gaullista	1993	52.7
España	Socialista, Comunista (Izquierda Unificada), Catalán, Izquierda Republicana, Nacionalista Vasco	1996	50.1
Costa Rica	Partido Liberal	1994	44.7
Chile	Radical, Socialista, Demócrata Cristiano	1993	42.1
Bolivia	MNR	1993	36.2
Italia	PDS (antes PCI)	1996	21.1
Brasil	PDT, PTB-PSB	1994	12.8
Ecuador	PLRE, PCE	1996	9.6
Grecia	Partido Comunista de Grecia	1993	4.5
Perú	APRA	1995	4.1

Fuentes: Nohen (1993), Mackie y Rose (1991). Para actualizaciones después de 1991 revisar el *European Journal of Political Research*. La información de 1995 y 1996 fue tomada de *Parliamentary Elections around the World* en la página de internet (<http://www.universal.nl/users/derksen/election>).

<sup>a</sup> Los partidos Popular Cristiano y Socialista Cristiano se originaron a partir de una división del partido Católico en 1968. Los partidos Socialistas Francófono y Flamenco son producto de una escisión del Partido Socialista en 1978. Para fines de esta tabla se tomaron como continuaciones de sus predecesores, más que como partidos nuevos.



su partido ganó sólo 40 de 503 escaños en la cámara baja en las elecciones congresales de octubre de 1990. Su partido desapareció en los meses siguientes a su retiro del cargo para evitar las audiencias del juicio de remoción constitucional (*impeachment*) en 1992. El presidente peruano Alberto Fujimori también creó un partido para lanzarse a la presidencia; él también hizo campaña contra los partidos y subsecuentemente socavó esfuerzos por construir un partido. En Perú, los políticos independientes dominaron las elecciones municipales de 1995. Una vez que vieron a Fujimori ganar apoyo popular con prácticas antipartidistas, emergió una nueva cohorte de políticos antipartidistas.

El personalismo y los políticos antipartidistas son comunes también en algunos casos postsoviéticos. El presidente ruso Boris Yeltsin no es miembro de un partido y ha socavado a los partidos. Alexander Lebed, quien quedó en tercer lugar en las elecciones presidenciales de Rusia en 1996, compitió como independiente, así como Stanislaw Tyminski, quien quedó en segundo lugar en las elecciones presidenciales de Polonia en 1990. Los candidatos apartidistas fueron exitosos en las contiendas plurales para ambas cámaras parlamentarias rusas. En las elecciones de 1993 para la cámara baja, más de la mitad de los candidatos por distritos de miembro único no tenían afiliación partidaria, y sólo 83 de los 218 diputados electos pertenecía a un partido (Moser, 1995:98). En 1995, más de mil de los 2 700 candidatos por los escaños de los distritos de miembro único eran independientes. Los independientes ganaron 78 de los 225 escaños de miembro único; el partido individual mayor sólo logró ganar 58 escaños (White, Rose y McAllister, 1997:203, 224).

En sistemas de partidos más institucionalizados, dicho personalismo es la excepción. En los países latinoamericanos con sistemas más institucionalizados, los presidentes son casi siempre miembros de partidos grandes durante un tiempo considerable. En Europa occidental, lo mismo se aplica a los primeros ministros.

Estos indicadores muestran que hay profundas diferencias en el “enraizamiento” de los partidos en la sociedad. Si bien ha sufrido cierta erosión la votación partidista en las décadas recientes, en la mayoría de las democracias industriales avanzadas los partidos tienen fuertes raíces. En la mayoría de las democracias industriales avanzadas, más de la mitad de los votantes se identifican y votan por el mismo partido a lo largo del tiempo (Dalton *et al.*, 1984). En cambio, las raíces de los partidos de Rusia, Polonia y Perú en la sociedad son débiles, y sólo una pequeña minoría de votantes sigue con el mismo partido elección tras elección. En vez de canalizarse vía partidos e instituciones democráticas, la política democrática adquiere un carácter altamente personalizado.

**Tabla 4**  
**Años desde la fundación de partidos con 10% de la votación en la cámara baja, 1996**

<i>País, año electoral</i>	<i>Partidos</i>	<i>Años desde su fundación</i>	<i>Promedio</i>	<i>País, año electoral</i>	<i>Partidos</i>	<i>Años desde su fundación</i>	<i>Promedio</i>
EU	Demócrata	168	154	Costa Rica	Liberación Nacional	51	47
1996	Republicano	140		1994	Unión Social Cristiana	43	
Colombia	Liberal	147	147	Francia	Socialista	86	
1994	Conservador	147		1993	Gaullista	51	
Uruguay	Colorado	160			Frete Nacional	18	43
1994	Nacional	160	115		Unión para la Democracia	18	
	Frete Amplio	25			Francesa		
Suecia	Social Demócrata	106		México	PRI	67	
1994	Unidad Moderada		101	1994	PAN	57	43
	(Conservador)	97			PRD	6	
Noruega,	Conservador	114		Chile	Socialista	40	
1993	Laborista	102	99	1993	Demócrata cristiano	58	40
	Centro (Campesino)	81			Renovación Nacional	30	
Suiza	Social Demócrata	108			UD	9	
1995	Cristiano Demócrata			Italia	Partido Democrático de la	75	39
	(Católico)	103	97	1996	Izquierda		
	Demócrata Radical	100			Fuerza Italia	3	
	Popular Suizo			Ecuador	PSC	45	
	(Campesinos, empresarios	78		1996	PRE	16	30
	y ciudadanos)				AD	60	
Bélgica	Cristiano Popular	149		Venezuela	COPEI	50	29
1995	(Católico)			1993	MAS	28	
	Libertad y Progreso	149			Causa R.	7	
	(Liberal)				Convergencia	4	
	Socialista francófono	106	89	Bolivia	MNR	55	
	Liberal francófono	22		1993	MIR	25	
	Socialista Flamenco	18			ADN	18	22

**Tabla 4**  
**Años desde la fundación de partidos con 10% de la votación en la cámara baja, 1996**

<i>País, año electoral</i>	<i>Partidos</i>	<i>Años desde su fundación</i>	<i>Promedio</i>	<i>País, año electoral</i>	<i>Partidos</i>	<i>Años desde su fundación</i>	<i>Promedio</i>
Finlandia 1995	Social Demócrata	97			Condepa	8	
	Centro (Unión)	89			Unión Cívica de Solidaridad	7	
	Coalición Nacional	77	78	Portugal 1994	Socialista	20	20
Paraguay 1993	Alianza del Ala Izquierda (Unión Dem.)	51			Popular Socialdemócrata	20	
	ANR (Colorado)	109	74	Grecia 1993	PSM	19	19
	PLRA	109			Democracia Nueva	19	
Argentina 1995	Encuentro Nacional	4		Brasil 1994	PMDB	31	13
	Unión Civil Radical	106			PHL	12	
	Justicialista	51	54		PSDB	8	
España 1996	Frepaso	5			PPR (PDS)	3	
	PSOE	65		Perú 1995	Cambio 90	7	4
	Comunista (UL) Popular	65	49		Unión por el Perú	1	

FUENTES: ver tabla 3 para información electoral.

## La legitimidad de los partidos y las elecciones

La legitimidad a menudo se refiere a las actitudes frente al régimen político (Linz, 1978:17-18; Morlino y Montero (1995:232-235), pero el concepto también puede referirse a las instituciones democráticas. Los partidos son legítimos en la medida en que los actores políticos tienen una actitud positiva hacia ellos, o cuando menos los consideran partes indispensables de un régimen democrático. Las actitudes comparativamente positivas hacia los partidos aumentan la probabilidad de la estabilidad del sistema. Visto de esta manera, el concepto no es tautológico; uno puede medir empíricamente tanto la legitimidad como la estabilidad, y ambos no tienen que ir de la mano.

En vista de que los partidos normalmente figuran entre las instituciones democráticas menos confiables incluso en las democracias bien consolidadas, es importante evitar expectativas no realistas al medir la legitimidad. Incluso considerando la creciente desafección ciudadana hacia los partidos en los sistemas institucionalizados, los partidos tienen menor legitimidad en la mayoría de los países de la tercera ola democratizadora. White, Rose y McAllister (1997:51-52) señalan que en Rusia, de las 16 instituciones evaluadas en una serie de encuestas de opinión pública, los partidos son las menos confiables para la gente. En una escala de 1 (confianza nula) a 7 (confianza amplia), sólo el 2% de los encuestados asignaron 6 ó 7 a los partidos, en contraste con el 60 por ciento, que les asignaron 1 o 2. El 43% estaba de acuerdo con la afirmación: “No necesitamos un parlamento ni elecciones, sino un líder fuerte que tome decisiones y las ponga en práctica rápidamente” (White, Rose y McAllister, 1997:46). No se acostumbra hacer dichas preguntas en las democracias establecidas porque las legislaturas y las elecciones son un rubro generalmente aceptado en el escenario político.

Los partidos también figuraban, entre ocho, como la institución con menos simpatía en Portugal, España, Grecia e Italia; sin embargo, “la legitimidad de los partidos es alta en los cuatro países” (Morlino y Montero, 1995:256). En una escala de simpatía, donde 1 es la menor simpatía y 10 la mayor, los partidos lograron tan sólo 4.4 en Portugal, 4.2 en España, 4.1 en Italia y 4.9 en Grecia en 1985 (Morlino y Montero, 1995:258). Los partidos griegos alcanzaron sólo 10.9% inferior al punto medio (5.5) de la escala. En el índice de confianza de White, Rose y McAllister (1997:52-53), el cual oscilaba de 1 (menos confiable) hasta 7, los partidos rusos sólo obtuvieron 2.3 de 7, esto es, 42.5% inferior al punto medio (4.0) de la escala.

En una encuesta realizada en Europa central, los encuestadores hicieron algunas preguntas en relación con la legitimidad comparativa de los partidos. Una pregunta a los ciudadanos era si estaban de acuerdo con la disolución de los partidos y del parlamento. El 40% respondió afirmativamente en Polonia, comparado con 8% en Austria.

El 3% de los polacos respondieron que preferirían un sistema unipartidista, comparado con 8% en la República Checa. El 39% en Polonia dijeron que estaban de acuerdo con el liderazgo de un hombre fuerte, en comparación con 22% en Austria y el escaso 19% en Eslovaquia (Linz y Stepan, 1996:285, citando a Plasser y Ulram, 1993:46-47).

El Latinobarómetro (Lagos, 1996) emitió una pregunta sobre la confianza en las instituciones. Aunque los partidos eran las instituciones en que menos se confiaba, hay una variación muy significativa de un caso a otro. En Uruguay, que cuenta con uno de los sistemas partidistas más institucionalizado de América Latina, el 41% de los encuestados manifestó mucha o algo de confianza en los partidos. En Perú y Brasil, sólo 21.2% y el 17.4% de los encuestados, respectivamente, expresaron mucha o algo de confianza en los partidos; en Venezuela, donde el sistema de partidos se desinstitucionalizó y sufrió una gran crisis en los noventa, sólo 16% expresó mucha o algo de confianza. El nivel de confianza en los partidos al final del rango latinoamericano es mucho más inferior que el de las democracias de Europa del sur.

El Latinobarómetro también preguntó a los encuestados si creían que la democracia podría existir sin partidos políticos. Un gran porcentaje de encuestados que cree que los partidos son necesarios para la democracia sugiere una mayor legitimidad de los partidos. Una considerable mayoría de encuestados en Uruguay (78.2%) y en Argentina (70.8%) —ambos con sistemas de partidos institucionalizados moderadamente— acordaron que los partidos eran necesarios para la democracia. En la parte más baja estaban Brasil (47.4%), cuyo sistema de partidos no está institucionalizado sólidamente, y Paraguay (46.8%), donde la democracia se vive sólo desde 1993.

## **Partidos en cuanto organización**

Con la excepción parcial de EU, las organizaciones partidistas, a lo largo del tiempo, han sido relativamente sólidas en países con sistemas de partidos más institucionalizados. Las organizaciones de partidos son muy robustas en Escandinavia y Alemania. Los partidos en estos países han estado históricamente bien financiados, han tenido membresías masivas activas (aunque ahora está en declive), personal profesionalizado abundante, así como una lealtad fuerte de los representantes electos. Los partidos desarrollaron procedimientos claros y estables para seleccionar a sus líderes y para las estructuras organizacionales. Si bien había diferencias organizacionales entre los partidos centristas y conservadores, por un lado, y los partidos izquierdistas, por otro, estas diferencias son mínimas en comparación con las que se dan entre los partidos en sistemas más —y menos— institucionalizados.

En la mayoría de las democracias de la tercera ola, los partidos tienen recursos precarios y son poco profesionalizados. Muchos son vehículos personalistas. En Perú y Rusia, los partidos ejercen poca presión sobre los nombramientos. En Perú, por ejemplo, el presidente Fujimori empleó grupos de enfoque y encuestas para determinar quién se lanzaría a la candidatura por su partido. El mismo Fujimori, más que su partido, controló los nombramientos del Congreso (Conaghan, 1996). Este control personalista de la selección de candidatos es la antítesis de un sistema institucionalizado. Además, al igual que lo que sucede en Rusia, los candidatos pueden participar en las elecciones sin estar en un partido, y pueden ganar las elecciones siendo independientes.

Los políticos en algunos sistemas fluidos no son leales a sus partidos; cambiar de un partido a otro es frecuente. Por ejemplo, en la legislatura brasileña de 1991-1994, entre los 503 diputados hubo 260 cambios de partido (Samuels, en prensa). Entre las elecciones parlamentarias rusas de diciembre de 1993 y octubre de 1995, 128 de los 450 miembros de la Duma cambiaron de partido. De manera similar, en las semanas siguientes a la elección de diciembre de 1995, 142 miembros de la Duma cambiaron de partido (White, Rose y McAllister, 1997:184, 238). Ni los ciudadanos ni las élites políticas manifiestan lealtad o simpatía hacia los partidos. La lealtad organizacional es mayor entre los políticos de países con sistemas de partidos más institucionalizados.

En suma, los sistemas de partido varían marcadamente en cuanto al nivel de institucionalización, el cual varía independientemente del número de partidos. Mientras que los analistas que comparan los sistemas de partidos con base en el número de partidos aglutinan los casos multipartidistas sin tomar en cuenta el nivel de institucionalización, los casos de institucionalización débil difieren marcadamente de los que están bien consolidados. La institucionalización varía significativamente también respecto de la distancia ideológica en el sistema de partidos. Algunos sistemas polarizados (por ejemplo, Francia de los sesenta a los setenta, Italia de los cuarenta a los ochenta) están bien institucionalizados, lo cual puede ayudar a explicar por qué no se apegan al pesimismo de Sartori (1976) sobre el multipartidismo polarizado. Otros sistemas polarizados (Brasil a mediados y finales de los ochenta) están menos institucionalizados y funcionan de manera distinta.

Estas diferencias en cuanto a la institucionalización están asociadas con profundas diferencias en la calidad democrática. En un sistema más institucionalizado, es más probable que los votantes se identifiquen con un partido, y es más probable que los partidos dominen los parámetros de reclutamiento político. En los sistemas fluidos, el electorado vota más por la personalidad o el clientelismo que por el partido; los políticos antipartidistas son más capaces de ganar cargos. Así, el populismo y la antipolítica son más comunes en sistemas no muy institucionalizados. Las personali-

dades, más que las organizaciones partidistas, acaparan el escenario político. Dada la propensión hacia el personalismo y la debilidad comparativa de los partidos, los mecanismos de rendición de cuentas (*accountability*) democrática son por lo general más débiles; por ende, la calidad de la práctica democrática tiende a ser inferior. Las raíces débiles de los partidos en la sociedad y el alto grado de personalismo incrementan la influencia de la televisión en las campañas, sobre todo para los cargos ejecutivos. Las democracias con sistemas de partidos fluidos tienden a tener mecanismos de rendición de cuentas más débiles.

Con sistemas institucionalizados débiles, el cambio de un partido a otro es muy común, lo cual incrementa las posibilidades de un cambio significativo de políticas y reduce la probabilidad de una alta continuidad. La institucionalización débil también implica un alto grado de incertidumbre sobre los resultados electorales, y hasta los años ochenta dicha incertidumbre resultó perjudicial para la democracia.

En síntesis, estas diferencias entre los sistemas más —y menos— institucionalizados son tan importantes que pueden usarse provechosamente como punto de partida para analizar, clasificar y comparar los sistemas de partidos. La dinámica y características de los sistemas con una débil institucionalización difieren profundamente de aquellos que están bien institucionalizados. El grado de institucionalización es crucial para muchas cuestiones relacionadas con la calidad de la práctica democrática y la rendición de cuentas. Las probabilidades de supervivencia democrática son más bajas en los sistemas de partidos fluidos, dado el alto grado de personalismo, el mayor grado de incertidumbre y los débiles mecanismos de rendición de cuentas.

A pesar de la importancia de la variación en la institucionalización de los sistemas de partidos, esta dimensión no ha sido explorada para estructurar comparaciones entre los sistemas de partidos. Sartori (1976:244-248) propuso un contraste interesante entre los sistemas que estaban “consolidados estructuralmente” y los que no lo estaban, y deliberadamente excluyó de su análisis a los sistemas desconsolidados. Si bien Sartori anticipó la importancia de los niveles de institucionalización en los sistemas de partidos, mi concepción difiere en algunos aspectos. Sartori pensó en la consolidación estructural como una variable dicotómica; ya sea que un sistema estaba consolidado estructuralmente y así podía estar incluido en su tipología, o bien no estaba consolidado y no era ni siquiera un sistema. Empero, situar este contraste en términos dicotómicos es erróneo tanto conceptualmente como empíricamente, puesto que, conceptualmente, la institucionalización es una variable continua. Otros autores (por ejemplo, Bendel, 1993) también han notado la importancia de la institucionalización de los sistemas de partidos, pero sin desarrollar el punto a fondo ni emplear esta noción para estructurar comparaciones y análisis.

Si la variación en el nivel de institucionalización es un componente crucial de los sistemas de partidos, entonces, ¿por qué ha sido rechazado este rubro en la literatura? Los análisis de los sistemas de partidos de Europa occidental y EU han dominado la literatura teórica. El mejor trabajo logrado sobre los sistemas de Europa occidental ha alcanzado un alto grado de sofisticación, pero no ha puesto mucha atención a este aspecto porque en la mayor parte del siglo xx ha habido relativamente poca variación internacional en la institucionalización. En su estudio de los 13 países de Europa occidental desde 1885 hasta 1985, Bartolini y Mair (1990:73) descubrieron que Francia tenía la volatilidad electoral más alta durante ese siglo, 15.2%, mientras que Austria (5.7%) tuvo la mínima. Todos los casos de Europa occidental están relativamente institucionalizados. La variación en la institucionalización no provee una base sistemática para pensar en cómo comparar los sistemas de partidos. Esta situación cambia, sin embargo, cuando hablamos de los casos de la tercera ola. Expandiendo el universo de casos en torno a los cuales teorizamos desde las democracias industriales avanzadas a las nuevas democracias menos consolidadas, la variación en la institucionalización de los sistemas de partidos —la cual es limitada y de importancia secundaria si la comparamos sólo con los casos de Europa occidental— se vuelve extensiva y de primaria importancia.

Este argumento general sobre la importancia de la institucionalización para comparar y analizar los sistemas de partidos es relevante para Brasil. De hecho, el rasgo más importante del sistema de partidos brasileño, incluso más que el número de partidos y la distancia ideológica entre ellos, es el bajo nivel de institucionalización. Lo mismo se aplica a los sistemas de partidos de países tan distintos como Ecuador, Perú y Rusia.

## **Divisiones sociales y sistemas de partidos**

Uno de los aspectos más importantes en el estudio de los sistemas de partidos es saber por qué adquieren los rasgos que poseen. Al analizar principalmente los sistemas de partidos de Europa occidental, un importante cuerpo de literatura ha puesto énfasis en el papel de las divisiones o fisuras sociales (*social cleavages*) en la estructuración de los sistemas de partidos. En su estudio seminal, Lipset y Rokkan (1967) argumentaban que las principales diferencias entre los sistemas de partidos de Europa occidental reflejaban distintas estructuras en las divisiones sociales (ver también Rokkan, 1970:72-144). Estas estructuras divisorias han cambiado con el tiempo, pero los sistemas a que dieron origen en los años veinte tendieron a permanecer estables hasta mediados de los sesenta, cuando Lipset y Rokkan escribieron. Los



partidos ganaron las lealtades de diferentes grupos sociales y mantuvieron dichas lealtades. Los autores argumentaban que cuatro principales divisiones estructuraban los sistemas de partidos: religión, clase, centro *versus* periferia, y urbano *versus* rural.

El trabajo de Lipset y Rokkan produjo una gama de estudios que estudiaban las diferencias en los sistemas de partidos como expresiones de las distintas estructuras divisorias. Los estudios subsecuentes a Lipset y Rokkan emplearon la noción de fisura de dos formas. Siguiendo a Lipset y Rokkan, algunos analistas se han enfocado en las divisiones sociales, esto es, en la forma en que los atributos sociales tales como clase, religión, educación y etnia, afectan la preferencia hacia un partido y la conducta electoral (Bartolini y Mair, 1990; Kitschelt, 1992; Rose y Urwin, 1969). Argumentan que las divisiones sociales determinan la fisonomía de los sistemas de partidos.

Otros analistas (Dogan, 1967; Inglehart, 1977, 1984; Knutsen, 1988; Zuckerman, 1975) se enfocan en las divisiones políticas, esto es, en los factores políticos que dan forma al sistema de partidos. Estos autores concuerdan en que las divisiones perdurables estructuran los sistemas de partidos, pero argumentan que estas divisiones pueden ser políticas más que sociológicas en su origen. Aun otros (H. Daalder, 1966; Lijphart, 1984:127-149; Scully, 1992) combinan la perspectiva tanto política como social de las divisiones.

El enfoque social de la división ha enfrentado serios retos desde que Lipset y Rokkan formularon sus argumentos. Los propulsores del enfoque político de la división (Knutsen, 1988) y de enfoques de aspectos especiales (Lijphart, 1984:127-149) no ponen énfasis en los factores sociológicos. Estos autores mostraron que divisiones políticas no afianzadas en las variables estructurales de Lipset y Rokkan se estaban volviendo factores determinantes de la preferencia hacia un partido y de la conducta electoral.

En uno de los retos más importantes para el enfoque social de la división, Inglehart (1977, 1984) y Kitschelt (1989, 1994) señalaron que los factores sociológicos de Lijphart y Rokkan, en especial la clase, estaban siendo superados gradualmente por una nueva división entre posmaterialistas (cuya orientación política gira en torno a aspectos no materiales) y materialistas. Inglehart señaló que un número cada vez mayor de ciudadanos vota basados en aspectos de calidad de vida no estrechamente relacionados con los intereses materiales o la posición estructural que ocupan en la sociedad. Kitschelt (1989, 1994) apuntó que las nuevas organizaciones "libertarias de izquierda" estaban retando a los partidos tradicionales y rompiendo los vínculos establecidos entre las divisiones sociales y la lealtad a un partido. En un análisis convergente, Clark y Lipset (1991) percibieron la declinación de la votación de clase en Europa occidental. Sartori (1969) criticó el sesgo sociológico de Lipset y Rokkan,

argumentando que tenía que complementarse con una mayor conciencia sobre cómo los factores políticos coadyuvan a la creación de divisiones. Przeworski y Sprague (1986) formularon un argumento parecido mostrando que, cuando la clase determina la conducta electoral, esto se debe a las instituciones políticas más que la inherente propensión estructurante de la clase. Zuckerman (1975) hizo énfasis en algunos problemas conceptuales de la relación entre las divisiones sociales y la conducta política, incluyendo la simpatía por un partido. Dix (1989) cuestionó la aplicabilidad del enfoque de la división social para comprender los sistemas de partidos latinoamericanos. Dogan (1995), Inglehart (1977, 1984) y Kitschelt (1994) demostraron que las divisiones sociológicas tienen una capacidad escueta para explicar el voto. Kirchheimer (1966) y Pizzorno (1981) observaron que los partidos cada vez eran más “atrapa-todo” (*catch-all*) (esto es, sin bases sociales tajantemente definidas) más que basados en el apoyo de estratos sociales claramente definidos.

A pesar de estos retos, el enfoque de la división social cuenta con autores prominentes. En el contexto de Europa occidental, Bartolini y Mair (1990) respaldaron firmemente a Lipset y Rokkan. El enfoque de la división social es a veces usado para analizar sistemas de partidos en América Latina (Soares, 1967, 1973, 1982) y en otras nuevas democracias (Kitschelt, 1992). J.S. Valenzuela (1995) y Yashar (1995) emplearon un enfoque de la división social en sus excelentes análisis. Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992) tienden a contemplar a los partidos como expresiones de una división social específica —la clase— en sus formulaciones más teóricas (aunque no en sus análisis sobre América Latina). Al definir a los partidos conservadores como representantes de los estratos altos, Gibson (1996:7) en su excelente estudio, implícitamente se aboca a un enfoque de clase del partido.

El grado en que las divisiones sociales estructuran un sistema de partidos varía según el caso y a lo largo del tiempo. La mayoría de los casos de la tercera ola tienen rasgos que hacen al enfoque de la división social menos productivo que lo que era en los sistemas de partidos de Europa occidental hasta los setenta. Un enfoque de la división social es más poderoso cuando los grupos sociales se identifican claramente con un partido. Esto era más posible que se diera en la primera ola de democratización por diversas razones. Primero, los partidos de la clase trabajadora no sólo incorporaron a los trabajadores al sistema político, sino que también se abocaron a muchos aspectos sociales como la salud. Los trabajadores forjaron vínculos con los partidos que duraron por décadas. En las democracias tardías, el Estado y los líderes populistas eran los primeros movilizadores que incorporaron los trabajadores al sistema político. Los partidos de clase que surgieron en los casos de la primera ola casi no se reprodujeron en casos posteriores.

Segundo, en las democracias de la primera ola, la proporción de la fuerza de trabajo en la manufactura y minas era mucho más alta que en las democracias de la tercera ola (Keck, 1992). Una fuerza laboral industrial grande y sindicalizada era propicia para la formación de partidos de la clase trabajadora. En los casos de la tercera ola, en una era de creciente globalización de la producción, más manufactura intensiva en capital y más industrias de servicios, las dificultades para crear un vínculo que una a los trabajadores son mucho mayores, porque la fragmentación interclase es mayor (Weyland, 1996).

Finalmente, cuando la clase trabajadora y otros partidos se formaron en la primera ola de democratización, no compitieron con los medios de comunicación modernos, sobre todo con la televisión. Los trabajadores laboraban largas jornadas y las oportunidades culturales para ellos eran más restringidas que en el caso de las democracias de la tercera ola. Las organizaciones de trabajadores (incluyendo los partidos) ejercían una gran influencia social en los trabajadores. En los casos de la tercera ola, la televisión constituye una fuente alternativa de información e imágenes.

Por estas razones, se podría esperar que el enfoque de la fisura social fuera menos aplicable a las democracias de la tercera ola que como lo fue para la mayoría de los casos de Europa occidental hasta los setenta.<sup>9</sup> Para ilustrar empíricamente las deficiencias del enfoque de la división social en una democracia de la tercera ola, me remití a información sobre Brasil, pero otros estudios han demostrado que en muchas democracias de la tercera ola, las divisiones sociales dejan una gran porción de los votos sin explicar. En Brasil, en algunas elecciones, los factores sociológicos han sido indicadores deficientes del voto; las divisiones sociales no han estructurado consistentemente el sistema de partidos a un gran nivel. Por ejemplo, en las elecciones presidenciales de 1994, los dos principales contendientes eran Fernando Henrique Cardoso, respaldado por una coalición de partidos de centro y conservadores, y Luis Ignacio da Silva (Lula), respaldado por la izquierda. Cardoso venció la ventaja inicial de Lula y al final tuvo una victoria electoral arrolladora de 54% frente a 27%. Pese a los marcadamente diferentes perfiles ideológicos y las campañas de ambos candidatos, las divisiones sociológicas no estructuraron el voto significativamente.

<sup>9</sup>Dix (1989) hace un juicio similar, pero mi análisis difiere del suyo en un sentido. Dix asume que el modelo de la división social se aplicaba bien a los sistemas de partidos de Europa Occidental, pero la evidencia es mixta. El poder del modelo de la división social para explicar la fisonomía de la mayoría de los sistemas de Europa occidental ha declinado desde los sesenta. Además, para algunos casos como el de Irlanda, el modelo de la división social nunca fue muy útil.

La tabla 5 muestra los resultados de una encuesta nacional realizada tres semanas antes de la elección, indicando el apoyo para los dos candidatos por categoría de ingresos, nivel de educación y tamaño del municipio. Estas tres variables no representan exactamente las divisiones que Lipset y Rokkan identificaron, pero si las divisiones de clase o regionales predijeran efectivamente el voto, esperaríamos una diferenciación del voto significativa por estas tres variables.

**Tabla 5**  
**Intención de voto en las elecciones presidenciales de 1994**

	<i>Cardoso</i>	<i>Lula</i>	<i>6 candidatos menores</i>	<i>En blanco/ nulo<sup>a</sup></i>	<i>Total</i>	<i>N</i>
<i>Por ingreso familiar<sup>b</sup></i>						
0-5	42	22	16	19	100	4 677
5-10	45	26	17	12	100	2 102
mayor a 10	48	25	16	11	100	2 467
TOTAL	44	23	16	17	100	10 560
<i>Por educación</i>						
Hasta secundaria	43	21	16	20	100	6 737
En preparatoria	46	26	15	13	100	2 813
Alguna educación superior	41	32	15	11	100	1 010
TOTAL*	44	23	16	17	100	10 560
<i>Por tamaño de municipio</i>						
Hasta 19 600 votantes	46	20	16	18	100	1 933
19,600-160 mil votantes	43	23	15	17	100	2 572
mayor a 160 mil votantes	42	26	17	16	100	6 055
TOTAL*	44	23	16	17	100	10 560

FUENTE: encuesta nacional DataFolha, 9 de septiembre de 1994. N=10.560. Archivo CESOP DAT/BR 94 set.

<sup>a</sup> Total combinado del voto en blanco, nulo, sin respuesta y no sabe.

<sup>b</sup> Número de salarios mínimos. El salario mínimo en ese tiempo equivalía a US\$64.79 mensual (*Cojuntura Económica*, 48, 10 [octubre 1994], 39).

\* Significativo al nivel .001, excluyendo en blanco/nulo.

Todas las distribuciones son significativas estadísticamente (excluyendo en blanco, nulo y sin respuesta) al nivel .001 para educación y tamaño del municipio. Toda la distribución del ingreso familiar no es significativa por debajo del nivel .10. Pruebas *chi*<sup>2</sup>.

Ingreso familiar: ninguna de las distribuciones individuales es estadísticamente significativa *vis-à-vis* el resto. Pruebas *chi*<sup>2</sup>.

Educación: las distribuciones para Cardoso y Lula son estadísticamente significativas al nivel .001. La distribución para los seis candidatos menores es significativa al nivel .01 de las pruebas *chi*<sup>2</sup>.

Tamaño de municipio: las distribuciones para Cardoso y Lula son significativas al nivel .001. La distribución para los seis candidatos menores no es significativa por debajo del nivel .10.

De hecho, las bases sociales del apoyo de Cardoso diferían poco de las de Lula. Prácticamente no hay diferencias entre los dos candidatos principales en cuanto al apoyo por ingreso. Pese al gran tamaño de la muestra ( $n=10.560$ ), una prueba *chi*<sup>2</sup> de la tabla 5 no es estadísticamente significativa al nivel .1 si excluimos a los votantes que planearon votar en blanco o nulo, que no tenían preferencia, o que no sabían por quién votar. Cardoso obtuvo apoyo de manera uniforme de los distintos grados de educación, mientras que Lula obtuvo más apoyo de los más educados que de otros grupos. Lula obtuvo un promedio de votos ligeramente mayor en los municipios grandes y menor en los pequeños, mientras que Cardoso obtuvo apoyo de municipios de distintos tamaños. La educación y el municipio son estadísticamente significativos a un nivel .001, pero no son sustantivamente tan importantes.

En las elecciones presidenciales de 1989, las divisiones sociales eran un predictor del voto más poderoso, pero aún dejaban una gran porción de la variación sin explicar. Tres de los cinco contendientes presidenciales principales tenían bases sociológicas distintas, mientras que los otros dos gozaron de un apoyo relativamente homogéneo en la mayoría de las categorías sociales. Además, algunos resultados iban contra lo que se esperaba con base en un modelo neto de división social.

En la tabla 6 muestran los candidatos preferenciales a la presidencia de distintos grupos de ingresos basados en una encuesta nacional de noviembre de 1989 realizada poco después de la primera ronda de elecciones presidenciales (3 de octubre de 1989). El conservador Fernando Collor de Mello, ganador por pluralidad en la primera ronda y eventual ganador de la contienda, tenía mayor apoyo entre los pobres que entre los grupos de mayores ingresos.<sup>10</sup> Si un modelo puro de división social funcionara, uno esperaría que un candidato conservador tenga mayores adeptos entre los ricos. El conservador Paulo Maluf y el candidato de centro izquierda Mário Covas tenían bases sociales muy similares: ambos tenían mayor apoyo de los sectores de

<sup>10</sup> Esto despierta inquietudes sobre la definición de Gibson (1996) de partido conservador. Señala que "los partidos conservadores... obtienen sus principales seguidores del sector alto de la sociedad" (7). En Brasil, sin embargo, algunos partidos conservadores (por ejemplo, el PRN de Collor) han tenido más éxito entre los pobres y menos entre los privilegiados. Lo mismo se aplica al partido del ala derecha en Argentina, el MODIN (Adrogué, 1995:49). El analista debe sacar la conclusión dudosa de que el partido no es conservador porque sus principales seguidores pertenecen a la clase baja, o que pese a su poca aceptación entre el estrato privilegiado siguen constituyendo sus principales seguidores. La última afirmación recae en la premisa cuestionable de que los científicos sociales pueden discernir lo que constituyen los "verdaderos" adeptos del partido, no obstante la conducta electoral contraria. Este supuesto es difícil de falsificar y es incluso tautológico porque, sin contar la base electoral del partido, se supone que la clase alta son los principales seguidores (*core constituency*).

**Tabla 6**  
**Voto en las elecciones presidenciales de 1989**

	<i>Collor</i>	<i>Brizola</i>	<i>Lula</i>	<i>Covas</i>	<i>Maluf</i>	<i>Otros</i>	<i>Ninguno<sup>a</sup></i>	<i>Total</i>	<i>N</i>	<i>%</i>
<i>Por ingreso familiar<sup>b</sup></i>										
Más de 20	13.3	13.3	20	17	19.3	11.1	5.9	100	135	3.7
10 a 20	18.6	17.1	15.9	19.8	12.4	13.2	3.1	100	258	7.1
5 a 10	24.5	15.9	15.7	16.9	13.5	8.8	4.7	100	510	14
2 a 5	32.9	15.4	19.6	11	6.6	9.6	5	100	940	25.8
1 a 2	38.8	17.8	16.3	6.7	5.6	9.9	4.9	100	892	24.4
0 a 1	49	13.2	16.5	3.5	3.1	7.6	7.1	100	714	19.6
Ninguno <sup>c</sup>	35.3	12.4	20.4	9.5	8.5	6.5	7.5	100	201	5.5
TOTAL	34.7	15.5	17.4	10.1	7.6	9.3	5.4	100	3 650	100
<i>Por educación</i>										
Ilustrados	54.9	11.5	11.5	2.5	2.7	7.4	9.6	100	366	10
3er. grado	44.7	12.5	17.3	5.7	6	8.3	5.5	100	687	18.8
4o. a 8o. grado	34.8	17.6	17.8	8.2	8.1	8.6	5	100	1 692	46.4
9o. a 11o. grado	22	14.7	19.8	18	8.8	11.9	4.7	100	645	17.7
Algunos univ.	11.2	17.7	17.3	25	12.7	12.7	3.5	100	260	7.2
TOTAL	34.7	15.5	17.4	10.1	7.6	9.3	5.4	100	3 650	100
<i>Por población municipal</i>										
Menos de 19 999	49.2	11.4	12.7	5.9	6.2	8.5	5.9	100	1 313	35.9
200 mil-99 999	34.2	18.4	17.4	7	8	10.1	5	100	892	24.4
100 mil-499 999	26.7	13.7	22.3	13.2	8.8	10.4	4.9	100	636	17.4
500 mil +	18	20.4	21.3	17.7	8.1	8.8	5.3	100	809	22.2
Total	34.7	15.5	17.4	10.1	7.6	9.3	5.4	100	3 650	100

FUENTE: National Voter Survey Wave 19, IBOPE, noviembre de 1989. Archivo del Centro Roper Número BRIOBOPE89-OPP602.

<sup>a</sup>Total combinado para el voto en blanco, nulo, sin respuesta y no sabe.

<sup>b</sup>El ingreso familiar está representado por el número de salarios mínimos ganados en la familia. Un salario mínimo en aquel tiempo equivalía a US\$43.60 mensual (*Anuário Estadístico do Brasil*, 51 [Rio de Janeiro, Ministerio de Economía, Fazenda e Planejamento & Fundação Instituto Brasileiro de Geografía e Estatística, 1991], 883-884; y *Cojuntura Económica* 43, 12 [30 de diciembre de 1989], 89).

<sup>c</sup>Sin respuesta/faltan.

Ingreso familiar y educación: toda la distribución es estadísticamente significativa al nivel .001. Las distribuciones para Collor, Covas y Maluf *vis-à-vis* todos los demás también son estadísticamente significativas al nivel .001. La distribución para Brizola, Lula y "otros" no son estadísticamente significativas por debajo del nivel .10 de las pruebas *chi*<sup>2</sup>.

Población por municipio: Toda la distribución es estadísticamente significativa al nivel .001. Las distribuciones para Collor, Lula, Brizola y Covas también son estadísticamente significativas al nivel .001. Las distribuciones para Maluf y "otros" no son significativas estadísticamente por debajo del nivel .10 de las pruebas *chi*<sup>2</sup>.

ingresos altos. La base de apoyo de Covas también va contra lo que uno esperaría con base en un modelo puro de clase. Igualmente perjudicial al modelo de clase es el hecho de que dos candidatos tan distintos tengan bases sociales similares. A pesar de que las bases sociales de los candidatos eran más claramente distinguibles en 1989 que en 1994, dos principales candidatos, el de la izquierda (Lula, del PT) y Leonel Brizola (del Partido Laboral Democrático, PDT) de la centro izquierda, no tenían bases sociales discernibles. Ambos candidatos tenían apoyo homogéneo de los grupos de distintos ingresos. Además, la relación entre la posición política en una escala de izquierda a derecha e ingreso es errática; el candidato Covas de la centro izquierda y el derechista Maluf tenían bases sociales similares, con mayor apoyo de la clase acomodada, mientras que los dos principales candidatos conservadores, Maluf y Collor, tenían bases sociales diametralmente opuestas. Por ende, el patrón de apoyo político no es lo que uno pudiera predecir basado en un modelo simplista de división social, en el que los candidatos conservadores tienen más apoyo de la clase acomodada, y los candidatos de izquierda, de los pobres.

La información sobre el candidato más aceptado según el nivel de educación sigue la misma lógica. Si las divisiones sociales explicaran el apoyo a los partidos en la escala de izquierda a derecha, los principales candidatos conservadores deberían tener bases sociales muy similares. De hecho, no obstante, los dos principales candidatos conservadores tienen bases sociales diametralmente opuestas. Collor obtuvo más adeptos en las clases menos instruidas, y menos entre los más instruidos, mientras que Maluf siguió una lógica inversa. Los analfabetos prefirieron a Collor frente a Maluf en un margen de 20 a uno, mientras que aquellos con cierta educación universitaria se inclinaron más por Maluf que por Collor en un estrecho margen. Lula y Brizola tuvieron bases de apoyo relativamente similares según el nivel educativo. Esto también resulta inconsistente con un modelo puro de división social, en donde los candidatos con un perfil ideológico muy claro ganarían apoyo desproporcionadamente por parte de ciertos sectores sociales. Maluf y Covas tuvieron mayor éxito entre los instruidos y menos entre los poco instruidos. Si la división social determinó las bases de apoyo hacia los partidos, los candidatos de tales perfiles ideológicos tan diferentes tendrían diferencias sociales muy marcadas. Finalmente, los dos candidatos de centro izquierda tuvieron patrones de apoyo muy distintos. Brizola obtuvo un apoyo relativamente homogéneo entre los grupos educacionales, mientras que a Covas le fue mejor con los instruidos.

Una de las divisiones de Lipset/Rokkan giraba en torno a intereses rurales *versus* urbanos. En la encuesta de 1989, la mejor representación de esta división es el tamaño de los municipios. Collor tenía mucho más adeptos en los pequeños municipios, mientras que Covas tenía mayor éxito en los grandes, así como Brizola y Lula, mien-

tras que el de Maluf fue relativamente homogéneo (tabla 6). Aunque el tamaño del municipio es un factor que influye más en la variación de los patrones de apoyo a los candidatos presidenciales que la clase o la educación, sólo para dos de los cinco principales contendientes (Collor y Covas) realmente hizo la diferencia.<sup>11</sup> Las elecciones para el Congreso han mostrado la misma tendencia hacia una débil diferenciación en las bases sociales de los partidos.

Si el sistema de partidos brasileño hubiese sido formado sobre la base de las divisiones sociales, entonces las bases geográficas de los partidos deberían permanecer relativamente estables en el tiempo. Sin embargo, como se muestra en el capítulo 4, en los ochenta y a principios de los noventa, el partido mayoritario, el centrista PMDB (Partido del Movimiento Democrático Brasileño), cambió de ser un partido que tenía más adeptos en las grandes ciudades y estados ricos a uno que tenía mayor éxito en los pequeños municipios y en los estados pobres.

Otros estudios han demostrado que los partidos no tienen bases sociales marcadamente diferentes en algunas democracias de la tercera ola. En Uruguay tradicionalmente había poca diferencia en las bases sociales de los dos partidos tradicionales (los Blancos y los Colorados) que dominaban el sistema hasta principios de los setenta. Incluso en los ochenta, cuando surgieron mayores diferencias en las bases sociales de los tres partidos principales, el estatus socioeconómico (como lo percibieron los entrevistados) era un detector deficiente del comportamiento electoral (González, 1991:113-122). Basado en una encuesta, Seligson (1987:171) mostró que la residencia urbana o rural, la edad y las condiciones de vivienda tenían poco impacto en el comportamiento electoral en Costa Rica. La guerra civil de 1948 cristalizó las adhesiones a los partidos fuertes que no correspondían tanto a las divisiones sociales. Baloyra y Martz (1979:74) señalaban que a finales de los setenta “no ‘había’ fuertes vínculos entre clase y partido en Venezuela”.

## **Divisiones sociales sobresalientes sin claras expresiones de partidos**

En suma, los sistemas de partidos de muchas democracias de la tercera ola no están estructurados consistentemente en un alto grado por las divisiones sociales. Esto no es por la falta de divisiones sociales más grandes, sino porque dichas divisiones no siem-

<sup>11</sup> El cálculo del pseudo  $R^2$  para una ecuación con ingreso, educación y tamaño del municipio como variables independientes sugiere que estos factores dejan 68% de la variación sin explicar.



pre determinan la preferencia hacia un partido y el comportamiento electoral. El caso brasileño ilustra el hecho de que las divisiones sociales sobresalientes no se reflejan necesariamente en el sistema de partidos. La cuestión sobre la relación entre las divisiones sociales y el partido es de carácter empírico; no deberíamos asumir que las divisiones sociales estructuran los sistemas de partidos, sino que debemos examinar el grado en que lo hacen.

Más que cualquier país de Europa occidental, Brasil (como la mayoría de los países latinoamericanos) está dividido jerárquicamente por profundas divisiones de clase, raza y religión. Sin embargo, estas evidentes divisiones no han ejercido un gran impacto en el sistema de partidos posterior a 1985, dejando en claro que incluso divisiones sociales muy evidentes no dan origen automáticamente a divisiones entre los partidos.

Las divisiones raciales no han moldeado significativamente al sistema de partidos brasileño, pese a la existencia de diferentes grupos étnicos y pese a desigualdades raciales profundas. Brasil es una sociedad multiétnica y multirracial, compuesta por gente de herencia europea, africana, americana nativa, asiática y mixta. Pese a las profundas desigualdades raciales, los partidos por lo general han hecho un esfuerzo escaso o nulo para atraer a diferentes razas o etnias. Algunos políticos se han lanzado como candidatos de grupos étnicos específicos (por ejemplo, los brasileños japoneses), pero de forma individual; los partidos han evitado tales identificaciones. El partido de centro-izquierda PDT (Partido Democrático del Trabajo) y el de izquierda PT (Partido de los Trabajadores) han sido excepciones parciales gracias a sus esfuerzos por cultivar el voto del movimiento afrobrasileño. Dicho movimiento, sin embargo, no ha sido una fuerza política poderosa y no ha movilizado el voto en favor de ningún partido en particular. La raza no ha ejercido un impacto político fuerte en los patrones de voto (Berquó y Alencastro, 1992).

La poca influencia política de la raza es un contraste con muchos otros casos. En EU, por ejemplo, el Partido Demócrata ha cortejado el voto afroamericano y los afroamericanos han votado de manera arrolladora por los demócratas en décadas recientes. El asunto de la raza ha sido manipulado por ambos partidos y ha jugado un visible papel en la política de partidos.

Son pocos los países que tienen desigualdades de clase tan marcadas como las de Brasil. La distribución del ingreso es una de las peores del mundo, y los pobres siguen siendo desesperadamente pobres. Es imposible entender la política de Brasil fuera del contexto de una sociedad tan marcada por estas desigualdades de clase. Sin embargo, ninguno de los partidos del periodo posterior a 1945 podrían considerarse como clara expresión de una división de clase al mismo grado que como lo fueron

alguna vez muchos partidos europeos. El Partido Comunista de Brasil (PCB), (1945-1947) y el Partido de los Trabajadores (PT), (1979-presente) podrían considerarse partidos fundados en la existencia de la división de clase. El PCB, sin embargo, fue prohibido en 1947 y después tuvo un impacto limitado en la dinámica de los partidos.

Aunque el PT predica la retórica de clases, su base clasista ha sido muy heterogénea desde 1985 cuando menos. Este hecho se manifiesta por las bases sociales de apoyo para su candidatura presidencial en 1989 y 1994, como se muestra en las tablas 5 y 6 más arriba. El apoyo del PT es uniforme en los distintos niveles de educación y de ingresos. Ha sido más apoyado en áreas urbanas grandes que en las áreas rurales, pero con la ampliación de la base electoral del partido en 1989 disminuyó su carácter de partido apoyado en las ciudades. El PT obtiene un poco más de apoyo de las clases acomodadas y los más instruidos, no de los pobres, como se podría suponer por el programa y discurso del partido.

La clase ha sido en algunas ocasiones un determinante sociológico decisivo en el comportamiento electoral en Brasil desde 1945 (Lamounier, 1980; Soares, 1967, 1973, 1982; von Mettenheim, 1995). No obstante, ver los partidos brasileños como expresiones de clase subestima la complejidad de la relación entre clase y partido. Como Dix (1989:29) observó, la evidencia de Soares subraya que antes de 1964, incluso en la que era una de las ciudades más ideológicas y con mayor conciencia de clase (Río de Janeiro), los partidos más grandes tenían bases de apoyo heterogéneas. Incluso entre los trabajadores no capacitados, que conformaban la categoría (entre siete) de gente que era menos probable que votaran por el partido conservador UDN, y más probable que votaran por el partido centro izquierdista PTB, el 18% se identificó con el UDN y 42% con el PTB (Soares, 1967:487). Los trabajadores fueron los que más se identificaron con el PTB, conformando 40% del total, frente a los no trabajadores, pero incluso en los estratos altos de ocupación (profesionales y personal administrativo de alto rango), el 11% se identificó con el PTB. La base interclasista de apoyo a un partido ha sido aún más pronunciada en el periodo posterior a 1985.

Los sistemas de partidos de Brasil no han estado conformados principalmente por partidos con base clasista. Muchos trabajadores no votan por partidos “de trabajadores” y muchos no trabajadores votan por los supuestamente partidos “de los trabajadores”. En su estudio sobre la intención de voto en una ciudad mediana (Presidente Prudente) al interior del estado de São Paulo en la elección presidencial de 1989, Kinzo (1991:266) halló que los trabajadores eran algo más proclives a votar por el Partido de los Trabajadores que los no trabajadores, pero de todas formas, sólo 12% de los trabajadores votaron por el PT en la primera ronda. En la ronda final, los trabajadores eran marginalmente más proclives a votar por el candidato del PT que la

población en general; el 33% de los trabajadores comparado con 27% de la población en general afirmaron que pretendían votar por el candidato del PT.

Asimismo, pocos partidos grandes en Brasil han elaborado su proyecto con base en una clase en especial. Ellos afirman que atenderán los intereses de todas las clases o al menos de ciertas clases que, en el análisis convencional de éstas, se perciben como contradictorias. El Partido Comunista, desde 1945 a 1947, y en menor grado el PTB de 1945 a 1964, son excepciones parciales; ambos se presentaron como partidos laboristas. El PT también se ha presentado a sí mismo como partido laborista, pero la evidencia de su base social contrarresta esta afirmación.

Las clases no son un producto espontáneo o natural. Como Przeworski (1985:47-132) ha señalado, se forman a través de un proceso de pugna política, y la naturaleza del sistema de partidos influye en la formación de clase. Permanece como cuestión abierta que los trabajadores desarrollen una identidad compartida como parte de la misma clase y, como tales, tengan vínculos comunes significativos, lo cual varía de un país a otro. Las instituciones, sobre todo los sindicatos, los partidos y el Estado, determinan que los trabajadores se perciban como una clase (ver también Przeworski y Sprague, 1986; Sartori, 1969). La manera en que se comportan los trabajadores políticamente depende más de cómo los partidos y los sindicatos los organizan que de ciertas conductas y perspectivas que los trabajadores asuman sólo porque son trabajadores. Pero entonces las instituciones constituyen el factor clave, pues dan forma a la identidad y al comportamiento de clase. En ausencia de un partido que se proclame como voz de la clase trabajadora y sea organizador de la misma, los trabajadores pueden identificarse primordialmente como católicos, como ciudadanos de una provincia o estado dados, como blancos, o como de sexo masculino (Sartori, 1969).

Donde la votación de clase es sobresaliente, es más porque los partidos son disciplinados, ofrecen claras opciones y apelan fuertemente a la clase, que porque los trabajadores apoyen “de forma natural” a los partidos laboristas o socialistas (Przeworski y Sprague, 1986). Es notable cómo en muchos casos de la tercera ola hay escasa votación de clase que sea sobresaliente, precisamente por cómo se han conformado las clases y otras identidades políticas. En la mayoría de las democracias de la tercera ola, las clases no siempre y ni siquiera usualmente han constituido actores políticos. Las clases sociales están divididas internamente, no sólo según la fracción de clase (como los analistas de clase reconocerían) sino también según la ideología, religión, etnia, nacionalidad, región, raza y género. En Brasil, a pesar de las grandes desigualdades, las clases —sobre todo las subordinadas— no han logrado vencer estas divisiones y no han actuado *qua* clase, como actores cohesionadores.

Un modelo de partido clasista subestima el grado en que las instituciones políticas —especialmente las estructuras corporativas y los partidos políticos— han moldeado

a las clases en muchos casos de la tercera ola. En Brasil, la incorporación de la clase trabajadora urbana tuvo lugar entre 1930 y 1945 bajo el liderazgo del presidente Getulio Vargas y bajo la égida de las instituciones corporativas. Hasta la década de los ochenta, el corporativismo fragmentó a la clase trabajadora, hizo al sindicalismo dependiente del Estado y relativamente cooptable, además de que debilitó la autonomía y el poder del movimiento laboral (Collier y Collier, 1991; Erickson, 1977; Keck 1989, 1992; Mericle, 1977; A. Souza, 1978; Weyland, 1996a). Las instituciones corporativas y la ausencia de un partido importante de la clase obrera hasta principio de los sesenta, moldeó la conciencia de los trabajadores, conllevando a una relativa inactividad política. En suma, un enfoque clasista, si bien sirve para entender algunos aspectos de la formación de los sistemas de partidos en Brasil, deja cuestiones importantes sin explicar.

Aunque es un error contemplar a los partidos como representantes de intereses de clase, otro tema de este libro es que los patrones de partido tienen consecuencias profundas sobre las clases. En Brasil, los modelos de partidos han contribuido al mantenimiento de un estilo patrimonial de la política y favorece a los intereses de las elites. Aunque esta afirmación pueda sugerir superficialmente que se puede contemplar a los partidos como expresiones de las clases sociales, afirmar que el sistema beneficia a las élites cambia la dirección del análisis, de los partidos individuales, al del sistema como un todo. También dirige la atención a las consecuencias de los patrones políticos más que a la parte representativa. Resulta problemático tratar a los partidos particulares como expresiones de intereses de clases sobre la base de la ideología del partido o su programa. En lugar de esto, debemos mirar las bases sociales de un partido para determinar a qué grupos representa preferentemente.

Las divisiones religiosas han sido una poderosa influencia en muchos sistemas de partidos, pero no tanto en Brasil. Las divisiones religiosas eran evidentes a fines del siglo XIX, cuando los católicos conservadores enfrentaron las tendencias seculares de muchas elites políticas, incluyendo al emperador Dom Pedro II. Aunque la elite política dominante no era tan anticatólica como en muchos países latinoamericanos, sí tomaron medidas contra la Iglesia. Dom Pedro II, Emperador desde 1840 hasta 1889, impuso una serie de restricciones a la Iglesia. Algunos partidos católicos emergieron manifestándose en defensa de los privilegios de la Iglesia, y un agudo conflicto Iglesia-Estado estalló en la década de 1870. Estos conflictos Iglesia-Estado revelaban que había una división religiosa en la sociedad brasileña, tal como sucedía en la mayoría de los países católicos en ese tiempo. Pero mientras que en algunos países las figuras políticas y religiosas alimentaron la llama de estas divisiones, en Brasil, después de un pequeño interludio, buscaron acomodarse. Si bien la cuestión religiosa tenía el potencial para convertirse en un asunto político nodal expresado en el sistema

de partidos, poco a poco fue desapareciendo. Algunos partidos católicos surgieron y eran muy similares a los partidos católicos en otros países católicos de aquella época: conservadores, sospechosos del Estado secular, hostiles ante el liberalismo y el socialismo, comprometidos con la defensa de la posición privilegiada de la Iglesia. Empero, eran partidos minoritarios con existencia efímera y la división religiosa no logró tener una expresión política fuerte. En contraste con la situación en muchos países latinoamericanos y europeos donde los liberales y conservadores se dividían tajantemente en cuanto a cuestiones religiosas, en Brasil estos dos partidos mostraron poco interés por estos aspectos. La ausencia del conflicto religioso entre liberales y conservadores contribuyó a un consenso y estabilidad de la elite que contrastó con la situación en la mayor parte de la América Hispana (Carvalho, 1980).

Después del fin del Imperio en 1889, los líderes políticos republicanos rompieron oficialmente los vínculos entre Iglesia y Estado en la constitución de 1891. Esta acción fue relativamente consensuada entre la elite política, y no provocó la ira eclesiástica. La separación legal liberó a la Iglesia de una relación subordinada frente al Estado. La relación Iglesia-Estado mejoró durante la Antigua República (1889-1930). Los asuntos religiosos provocaron pocos conflictos políticos y no eran una fuente importante de división en la elite política. Hasta la caída de Vargas en 1945, la elite política tuvo pocas divisiones en asuntos religiosos.

Esta situación cambió ligeramente durante la democracia populista de los años 1946 a 1964. Al nivel de elite, las cuestiones religiosas crearon pocas divisiones. Al nivel de masas, los fieles de la Iglesia eran mucho más proclives a apoyar los partidos conservadores, pero las cuestiones religiosas no eran trascendentes en el sistema de partidos. El partido Demócrata Cristiano fue creado en 1945, pero nunca logró más de 4.9% de la cámara baja del Congreso, y sólo un senador en 18 años. Los partidos de la izquierda del espectro político, con la excepción parcial de los comunistas, no eran anticatólicos. El Partido Comunista fue prohibido en 1947 y no fue legalizado otra vez sino hasta 1985, por lo que sus tendencias anticatólicas no crearon mayores problemas. Los asuntos religiosos no fueron sobresalientes en el sistema bipartidista creado por el régimen militar (1966-1979), aunque había muchos conflictos graves entre el clero progresivo y el gobierno militar.

Tampoco fueron importantes los conflictos religiosos para el sistema de partidos que surgió desde 1980. En la mayoría de los países católicos, la religión es una guía más predecible de las creencias políticas y del comportamiento electoral que la clase (Linz, 1980; Rose y Urwin, 1969; Dogan, 1967; Converse, 1964). En Brasil, en contraste, los patrones de votación reflejan poca diferencia entre los católicos practicantes y otros ciudadanos, incluso cuando se controlan clase, educación y religión. Basados en una encuesta de 1982, Bruneau y Hewitt (1989) hallaron pocas diferencias en las

perspectivas políticas de católicos autocalificados practicantes y otros.<sup>12</sup> La relativa carencia de trascendencia política de la religión en la política de los partidos refleja no la ausencia de las divisiones sociales por religión, sino la limitada politización de estas divisiones sociales.

En un estudio reciente basado en dos grandes encuestas de 1994, Pierucci y Prandi (1995) revelaron que la práctica religiosa influye en el comportamiento electoral en Brasil, pero dicho impacto es significativo sólo si consideramos las formas específicas. El impacto de la religión no viene de las divisiones típicas (en los países occidentales) entre los católicos, los protestantes y los no practicantes, sino de formas específicas de prácticas religiosas. Los patrones de voto de los católicos no difirieron mucho de los no católicos, pero los miembros de las comunidades católicas de base eran más proclives a votar por la izquierda que otros votantes. La afiliación religiosa *per se*, sin una diferenciación más específica, tenía poco impacto. Cardoso fue el candidato preferido por 43.6% de los católicos y 40.3% de los protestantes, mientras que Lula tenía el apoyo de 23.9% de los católicos y 18.6% de los protestantes.

Una nueva dimensión religiosa empezó a afectar la política de los partidos a fines de los ochenta, esto es, las preferencias de la mayoría de la población protestante de Brasil —en especial los pentecostales— por los candidatos conservadores (Mariano y Pierucci, 1992). Aunque esta población ha crecido rápidamente en las décadas recientes, sigue representando apenas 10% de la población total de Brasil. Los votantes protestantes han elegido un gran número de los suyos para el Congreso, pero el movimiento no está destinado a un partido en específico. El impacto de la división religiosa en la política de los partidos, aunque eventualmente en aumento, sigue siendo limitado.

En suma, los partidos brasileños no pueden ser entendidos completamente bajo el prisma de las divisiones sociales. De seguro, algunos partidos han ganado sus votos primeramente en las áreas rurales, mientras que otros se han enfocado más a los sectores urbanos, y otros han ganado votos desproporcionadamente entre los grupos de altos ingresos más que en los de ingresos bajos. Pero, en Brasil, la relación entre la base social de un partido y su orientación programática no ha sido de carácter lineal.

¿Por qué algunas divisiones que son sociológicamente importantes se vuelven sobresalientes en los sistemas de partidos, mientras que otras no? Los políticos y los partidos tienen cierto margen de elección sobre los asuntos a que se abocan y en la forma en que los enfrentan. Los partidos triunfadores electoralmente deben enfocarse en asuntos que repercutan en los votantes, pero estos asuntos no están definidos nece-

<sup>12</sup> Esto probablemente no siempre ha sido el caso. Antes de los setenta, los católicos que iban a la iglesia eran casi seguramente más conservadores que una muestra al azar de la población entera.

sariamente por las divisiones *sociales*. En cambio, el sentimiento del votante puede estar influido por aspectos propiamente políticos, cuestiones de valor o de personalidad.

Las divisiones sociológicamente sobresalientes se vuelven trascendentes políticamente en parte porque los partidos y los políticos se enfocan en ellas. Los partidos ayudan a definir qué fisuras sociales encuentran expresión en los sistemas de partidos. Los partidos, luego, no deberían concebirse tan exclusivamente como expresiones de divisiones sociales, sino también como variables independientes que ayudan a moldear dichas divisiones. Además de ser moldeados por las fisuras sociales, los partidos y los políticos tienen una considerable autonomía relativa *vis-à-vis* estas divisiones y a cambio contribuyen a su moldeado (Sartori, 1969). Las elites políticas y los partidos son responsables de institucionalizar ciertas divisiones como aspectos definitorios de la política moderna. Fue debido a que los partidos se organizaron y lucharon por intereses dados, que algunas divisiones, más que otras fuentes de identidad, definieron los aspectos principales de la política contemporánea.

En suma, un enfoque de división social sobrestima el grado en que muchos sistemas de partidos de la tercera ola están estructurados por dichas divisiones. El enfoque de la división social supone que los votantes forman uniones partidarias y votan según la categoría sociológica a la que pertenezcan. Este supuesto depende de cuatro premisas: 1) que los intereses de los votantes dependen de su posición en la sociedad, esto es, en la clase, religión, etnia, etc.; 2) que los votantes están conscientes de estos intereses; 3) que votan en conformidad; y 4) que los sistemas de partidos están altamente institucionalizados porque los individuos votan consistentemente de forma tal que puede conocerse debido a su ubicación social. Los cuatro supuestos son problemáticos y son más dudosos en contextos de la tercera ola que en el caso de Europa occidental hasta los años setenta. Considerémoslos uno por uno:

1. Los ciudadanos tienen algunos intereses comunes basados en la clase, región, etnia, género y otros factores estructurales, pero los fundamentos potenciales de diferenciación o similitud de intereses en la sociedad son infinitos. No es claro que los votantes prioricen sus intereses determinados por las divisiones sociales o por intereses relativos a aspectos culturales o políticos específicos. El modelo de las fisuras sociales asume que la posición social determina la posición política. En muchos casos, sin embargo, la posición política está definida más por asuntos políticos que por la ubicación social.
2. Los ciudadanos están conscientes de las diferencias generadas por clase, género, etnia, etc. en variados grados, y las experimentan de distintas formas. Los votantes pueden no estar muy conscientes de los "intereses" que las divisiones sociales parecieran determinar. El interés es una categoría subjetiva,

por lo que los ciudadanos pueden no articular conscientemente la idea de que una división social específica genera intereses políticos comunes con cierta categoría social.

3. Incluso si los intereses de los votantes dependieran en su mayor parte de categorías estructurales tales como clase, región y etnia, no votarían necesariamente sobre esta base. Los ciudadanos pueden poner mucha atención en aspectos que no dependen de su posición estructural dentro de la sociedad. En el debate sobre los sistemas de partidos en las democracias industriales avanzadas, este punto se ha puesto en claro en la literatura sobre el postmaterialismo; Inglehart (1990) y otros han argüido que un factor determinante de la conducta electoral de los ciudadanos es si cuentan o no con una orientación posmaterial, independiente de consideraciones estructurales.

El posmaterialismo no es el único factor no estructural en la conducta electoral, aunque ha sido el más debatido. En los casos de la tercera ola, es poco probable que el posmaterialismo explique las limitaciones del enfoque de la división social. El posmaterialismo es más común entre los votantes más instruidos y acomodados, los cuales son los menos abundantes en las democracias de la tercera ola.<sup>13</sup> El enfoque de la división social señala que la competencia entre partidos se da en un plano programático: los votantes eligen un partido porque programáticamente representará sus intereses.

La literatura sobre la división social asume que dichas divisiones estructuran los patrones de voto y los sistemas de partido enormemente. Como lo indicaba la discusión previa sobre la institucionalización, una de las formas en que tenemos que repensar la literatura teórica sobre los sistemas de partidos es reexaminando el grado y las formas en que están estructurados. Virtualmente todos tienen cierta estructura, pero es un error suponer, como la literatura sobre las democracias industriales avanzadas

<sup>13</sup> En las elecciones presidenciales de octubre de 1994 en Brasil, otro tipo de asunto no estructural surgió como la división política primordial: apoyo u oposición al plan económico de estabilización. El plan de estabilización de 1994 volteó dramáticamente la elección. Después de que Lula ganaba un 40% frente a un 17%, tan tarde como el 25 de mayo de 1994, Cardoso, quien como ministro de finanzas era responsable del plan de estabilización, pronto superó a su principal contendiente cuando la inflación bajó de 40% al mes, a sólo 2%. En una encuesta del 9 de septiembre de 1994, el 73% de los simpatizantes de Cardoso dijeron que se beneficiaban personalmente del plan de estabilización, comparado con sólo 42% de los seguidores de Lula. La percepción de los encuestados sobre si el plan de estabilización los había ayudado o perjudicado, fue determinante del voto más fuerte que las categorías sociales mostradas en la tabla 5. (Encuesta Nacional Data Folha, 9 de septiembre de 1994 10 560 encuestados: archivo CESOP).



implícitamente lo hace, que están igualmente estructuradas en un alto grado. La mayoría de los sistemas de partidos de la tercera ola están menos estructurados que aquellos en los cuales está basada la literatura teórica. Esta introspección no ha sido incorporada adecuadamente a la literatura.

En los casos de la tercera ola, las personalidades individuales, independientes del partido, pueden tener un impacto considerable en las campañas electorales. El sistema de partidos está menos estructurado que en Europa occidental no sólo mediante divisiones sociales, sino en general. Los votantes pueden votar en un grado significativo sobre la base de las características personales de los candidatos, más que siguiendo sus intereses determinados estructuralmente. El personalismo sigue estando vigente en muchos países latinoamericanos; de hecho, se ha vuelto un fenómeno más importante en algunos países de lo que lo fue en el pasado. El personalismo es rara vez tratado con seriedad dentro de la ciencia social, pero es observable y medible empíricamente en sistemas de partidos menos institucionalizados.

El reverso de la débil estructuración de los sistemas de partidos por las divisiones sociales es que en muchos sistemas de partidos latinoamericanos, los partidos de multiclase (*catch-all*) con composición social heterogénea son los que han dominado. Donde la preferencia por un partido no está altamente estructurada por la división social, los partidos atraen a votantes de procedencias sociales heterogéneas.

En América Latina, la escasa tradición de elaboración de encuestas y estudios sobre el comportamiento electoral antes de los ochenta, torna difícil lograr certidumbre sin mayor investigación sobre si el modelo de la división social siempre ha sido menos fuerte que en la mayoría de los países de Europa occidental, o si la capacidad predictiva de las divisiones sociales para determinar el voto ha declinado a lo largo del tiempo, como ha ocurrido en Europa occidental. La primera posibilidad es casi seguramente correcta para la mayoría de los países latinoamericanos, y la segunda es aplicable para muchos países, incluyendo a Brasil. Queda a la investigación futura encontrar si la razón de este declive de la estructuración de los sistemas de partidos por las divisiones sociales es similar o distinta de los casos de Europa occidental.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Las causas de esta declinación no son precisamente las mismas en Europa occidental y en América Latina. En Europa occidental, la mayoría de la evidencia (por ejemplo, Inglehart, 1977, 1984; Clark y Lipset, 1991) sugieren que la creciente afluencia conllevó a menos trascendencia de los asuntos tradicionales de clase y una mayor trascendencia de los aspectos posmaterialistas (Kitschelt, 1989, 1994). En América Latina se dio una decadente votación de clase en los ochenta ocurrida durante un periodo no de aumento de afluencia sino de creciente pobreza. El colapso del Estado desarrollista y la búsqueda de un nuevo modelo de desarrollo produjo una reconfiguración de las lealtades políticas (esto es, realineación) y desalineación.

La capacidad explicativa limitada del modelo de la división social para comprender la mayoría de los sistemas de partidos de la tercera ola está relacionada con la discusión previa sobre la necesidad de pensar en los grados variables de institucionalización de los sistemas de partidos. Donde los sistemas de partidos están muy estructurados en gran medida por las divisiones sociales hay poco espacio para el surgimiento de nuevos partidos. Fundados en su realidad social, la mayoría de los votantes son fieles a partidos específicos. Bajo estas condiciones, la volatilidad electoral tiende a ser inferior y las raíces del partido en la sociedad, más fuertes.

Un sistema de partidos más institucionalizado se estructura en un alto grado y las divisiones sociales pueden proporcionar esta estructuración. Donde los sistemas de partidos están estrechamente ligados a las divisiones sociales, tienden a estar muy institucionalizados. La preferencia por un partido que tienen los votantes está ligada a factores sociológicos que cambian a un ritmo moderado; por ende, el cambio del sistema de partidos es moderado. No obstante, el reverso no es necesariamente verdadero; la baja estructuración de un sistema de partidos basado en divisiones sociales no implica necesariamente una débil institucionalización del sistema. Los sistemas de partidos pueden estar altamente estructurados por aspectos políticos o identidades partidarias que son autónomas de las divisiones sociales.

Donde las divisiones sociales no explican la estructura del sistema de partidos, es más común la existencia de sistemas de partidos institucionalizados débilmente. El trasfondo social no liga fuertemente a los votantes con los partidos, por lo que las raíces del partido en la sociedad tienden a ser débiles. Como los ciudadanos están menos vinculados con los partidos, son más proclives a votar por candidatos de distintos partidos en la misma elección y a través del tiempo, elevando la volatilidad electoral.

¿Por qué el enfoque de la división social ha servido menos para explicar los múltiples sistemas de partidos de la tercera ola que en la mayor parte de Europa occidental durante las primeras siete décadas de este siglo? Parte de esta respuesta es sociológica: en muchas democracias de la tercera ola, la fragmentación social (es decir, divisiones intraclase —ver Weyland, 1996a) era más profunda que en los países de más temprana industrialización en Europa del Norte y América del Norte. Como bien lo ha señalado la literatura sobre populismo (por ejemplo, Weffort, 1978; Germani, 1974), entre las clases populares, en la mayoría de los países latinoamericano no se cristalizó una fuerte identidad de clase (Chile fue una excepción). En cambio, prevaleció una identidad más difusa, la de ser parte de “el pueblo”. Esta identidad estaba afianzada en las realidades estructurales, aunque no totalmente determinada por ellas: una clase obrera más pequeña, una subclase urbana fuera del sector formal mucho más grande y mayores contrastes entre los sectores modernos y los tradicionales de la economía que dificultaban la formación de una identidad común. Esto

dificultó a los partidos obtener apoyo sobre la base de recurrir a los discursos de clase (Dix, 1989). Parte de la respuesta es política: en los sistemas políticos autoritarios u oligárquicos con poca competencia abierta, los políticos no politizaron los asuntos de clase, religión o región organizando partidos políticos. Tal politización podría haber amenazado a las élites gobernantes establecidas, y había por lo general poco incentivo para organizar partidos en sistemas políticos autoritarios u oligárquicos.

## **Formación de los sistemas de partidos desde arriba**

La mayoría de los analistas de sistemas de partidos han puesto énfasis en cómo son formados desde abajo. El enfoque de la división social, discutido previamente, ve a los sistemas de partidos como expresiones de dichas fisuras sociales. Otro gran enfoque para entender la formación de los sistemas de partidos es el modelo espacial, emprendido por Downs (1957). A través de sus numerosas modificaciones (Enelow y Hinich, 1990; Robertson, 1976), el modelo espacial señala que los sistemas de partidos se forman de acuerdo con la distribución de las preferencias de los votantes. Según este enfoque, los votantes eligen al candidato o partido que más se aproxime a sus propias concepciones sobre diversos asuntos. Como el enfoque de la división social, el modelo espacial pone énfasis en cómo la sociedad —en especial, la distribución de preferencias entre los votantes— moldea los sistemas de partidos. Una perspectiva desde arriba no está del todo ausente en los análisis de las democracias establecidas, pero está menos articulada que la división social o que los enfoques espaciales.

Podemos pensar en un continuo de menor a mayor grado en la formación del sistema de partidos desde arriba por las élites y el Estado. Una vez más, hay razones teóricas para esperar que haya diferencias sistemáticas entre los casos de la primera y la tercera ola, donde los sistemas de partidos de la tercera ola son más susceptibles a un mayor moldeado desde arriba. La mayoría de los casos de la primera ola establecieron democracias largas y continuas, de forma tal que había menos oportunidades para los líderes autoritarios de que suprimieran el viejo sistema de partidos y crearan uno nuevo. Durante periodos autoritarios y transiciones democráticas, los Estados pueden reformar más profundamente los sistemas de partidos. La sociedad civil era generalmente más robusta en un temprano estado de desarrollo en Europa occidental que en la mayoría de los casos de la tercera ola, creando un contrapeso al Estado.

Cuando nos fijamos en los casos de la tercera ola, la desatención al rol de las élites en la formación de los sistemas de partidos parece ser el resultado de la poca varia-

ción de los casos que han servido de base para la mayoría de la teorización sobre los sistemas de partidos. Este hecho es curioso, considerando el cambio de explicaciones sociales a explicaciones políticas en otros subcampos de la ciencia política. En todo caso, ha sido insuficiente el trabajo realizado sobre cómo las elites políticas y el Estado moldean los sistemas de partidos desde arriba. (Para excepciones, ver Chibber y Torcal, 1997; Gunther *et al.*, 1986; Katz y Mair, 1994; Kitschelt, 1994; Przeworski y Sprague, 1986). Aunque las demandas y preferencias de sus votantes les preocupan, las elites políticas tienen cierta autonomía para enmarcar asuntos decisivos y encausar la competencia política. Esta es probablemente la forma más importante en que las elites políticas moldean los sistemas de partidos.

Los sistemas de partidos de la tercera ola están especialmente sujetos a ser reformados desde arriba por las elites. Están menos institucionalizadas, por ende, son más proclives a una disrupción por los líderes estatales. Si un sistema de partidos está profundamente enraizado en la sociedad, es difícil para los líderes del Estado cambiarlo significativamente desde arriba. Es más probable que las democracias de la tercera ola hayan pasado por rupturas y transiciones democráticas, y dichos sucesos son propicios para realizar transformaciones desde arriba. Los regímenes autoritarios que gobernaron previamente las democracias de la tercera ola contaron con un arsenal de armas —incluyendo la represión, el veto de partidos y líderes partidarios, y el favoritismo por ciertos partidos— que les permitió transformar los sistemas de partidos. El Estado comúnmente ejerció una gran influencia en el desarrollo político general, por lo que no sorprende que también haya influido en la formación de los sistemas de partidos más que en los casos de la primera ola.

Los Estados pueden alterar los sistemas de partidos de muchas maneras. Pueden abolir o proscribir los partidos o el sistema de partidos, algunas veces con consecuencias a largo plazo. Debido a un veto o proscripción, o a un largo periodo sin elecciones competitivas, los partidos en un principio importantes pueden desaparecer permanentemente y pueden surgir oportunidades frescas para los partidos nuevos o establecidos. En Chile, por ejemplo, después de 17 años de régimen militar (1973-2000), los comunistas fracasaron en recuperar la fuerza que tenían, y surgió un nuevo partido importante, el PPD (Partido Para la Democracia). La proscripción del APRA en Perú en la década de los cuarenta y los cincuenta no redujo el apoyo del partido, pero pudo haber facilitado el surgimiento de contendientes.

Los líderes estatales pueden crear partidos desde arriba y emplear recursos públicos para construir partidos y crear un campo de juego desigual. El PRI de México es un buen ejemplo. Habiendo sido creado desde arriba, se convirtió en la institución dominante de la política mexicana durante décadas. Algunos de los partidos más

grandes de ambos periodos democráticos en Brasil también fueron creados por el régimen autoritario.

Los líderes estatales pueden imponer una legislación electoral y de partidos, definiendo el menú del cual los votantes pueden elegir. La dictadura de Pinochet en Chile (1973-1990) creó distritos de dos miembros con la esperanza de favorecer a la derecha y perjudicar a la izquierda. Las elecciones democráticas desde 1989 sugieren que tuvo éxito en lograrlo.

Los sistemas de partidos de la tercera ola son también más susceptibles a ser formados desde arriba por las elites políticas fuera del Estado, que los sistemas de la primera ola. Como los partidos están menos afianzados en la sociedad y las rutinas organizacionales están menos institucionalizadas, los políticos en las democracias de la tercera ola tienen mayor autonomía *vis-à-vis* los votantes que los políticos en las democracias de la primera ola. Pueden emplear esta autonomía para cambiar de partidos, albergar fusiones de partidos, e inducir divisiones en los partidos.

Esos cambios, fusiones y divisiones pueden alterar considerablemente un sistema de partidos. Es raro que estas acciones de los políticos correspondan a demandas desde abajo. Aunque la "conexión electoral" (Mayhew, 1974) puede explicar un amplio rango del comportamiento de los políticos, en la mayoría de las democracias de la tercera ola no explica la decisión de los políticos de cambiar de partido, ni explica las alianzas partidistas ni las divisiones. Estas decisiones estratégicas tienen efectos duraderos.

El caso de Brasil ilustra el punto general de cómo los Estados y elites políticas moldean los sistemas de partidos desde arriba. En este país, la formación de los sistemas de partidos por el Estado ha sido crucial, como han señalado M. Souza (1976) y Lamounier y Menguello (1986). El Estado ha sido un actor muy poderoso en la formación del sistema de partidos en dos maneras: primero, los líderes estatales han tenido un papel trascendente en la organización de partidos; segundo, el Estado ha moldeado la formación del sistema de partidos disolviendo los partidos y los sistemas de partidos. En cinco ocasiones —1889, 1930, 1937, 1965 y 1979— los líderes estatales han disuelto los sistemas de partidos existentes. Cada vez —con excepción de 1937— después crearon nuevos sistemas de partidos. Las cinco intervenciones estatales contra los sistemas de partidos existentes —más profundamente la de 1965— rompieron con los procesos de institucionalización del sistema de partidos.

Los líderes estatales crearon los principales partidos del Imperio (1822-1889). Los partidos Liberal y Conservador fueron creados por elites gobernantes poderosas, que se valieron de los partidos para cumplir sus propios objetivos, y los partidos permanecieron como instrumentos de dominación personalista.

Los líderes del golpe militar de 1889 suprimieron a los Liberales y Conservadores, temiendo que los partidos siguieran siendo fieles a la monarquía. Cuando los militares dejaron el poder en 1894, estos partidos jamás retornaron a la escena. Los partidos del imperio tenían raíces débiles en la sociedad, pero iban creciendo en importancia durante las décadas de decadencia del poderío monárquico. La disolución de esos partidos por los militares retrajo los esfuerzos de construcción de los partidos. Líderes estatales crearon entonces los partidos del régimen 1889-1930, conocido como la Antigua República.

La antigua República cayó por un golpe de Estado en 1930. Temiendo que las organizaciones del viejo régimen representaran una amenaza, a principios de los treinta el presidente Getulio Vargas (1930-1945) suprimió muchos de los partidos que se habían creado durante la Antigua República. Siete años después proscribió todos los partidos.

Después de que Vargas fue depuesto en 1945, Brasil tuvo un régimen semidemocrático que duró casi dos décadas (1946-1964). Dos de los tres partidos más importantes del periodo, el populista de centro izquierda PTB (Partido del Trabajo de Brasil) y el PSD de centro derecha (Partido Social Democrático) fueron creados entre 1944 y 1945 por Getulio Vargas, quien estaba consciente de los vientos de democratización que soplaban en América Latina. Estos dos fueron creados tanto desde arriba para afianzar los intereses de Vargas y sus simpatizantes, como desde abajo (M. Souza, 1976). Por supuesto, estos partidos tuvieron éxito sólo porque eran capaces de atraer a la gente.

Las acciones de Vargas, primero al suprimir los partidos (1937-1944) y luego al construir dos partidos que gobernaron durante la mayor parte del primer periodo democrático brasileño, decisivamente trazaron los contornos de la política de partidos. Si Vargas hubiera llevado a cabo otras acciones, el desarrollo de los partidos brasileños habría sido distinto. No había necesidad histórica de que Vargas organizara dos grandes partidos, aunque bajo condiciones de libertad era prácticamente inevitable que un partido mayoritario hubiera apoyado a Vargas y a sus aliados. La decisión idiosincrática de Vargas tuvo un impacto fundamental en el sistema de partidos de 1945-1964. La división más importante en la política de partidos entre 1944 y 1954 no era social, sino la división entre las fuerzas pro y anti-Vargas.

En 1965 otra intervención estatal influyó decisivamente en el sistema de partidos. Decepcionada con los resultados de las elecciones de 1965 y convencida de que el sistema de partidos posterior a 1945 era disfuncional, la dictadura militar proscribió los partidos existentes y estableció las reglas electorales que llevaron al surgimiento de un sistema bipartidista. El sistema de partidos del periodo 1946-1964 se había

institucionalizado moderadamente al momento del golpe. La supresión de estos partidos desbarataron el proceso de institucionalización.

Conscientes de la necesidad de legitimidad, los militares fomentaron la creación de dos partidos nuevos, el prorégimen Arena (Alianza Renovadora Nacional) y el partido moderado de oposición, Movimiento Democrático de Brasil (MDB). La decisión del régimen militar de recrear el sistema de partidos y establecer nuevos partidos en vez de suprimirlos, como hicieron los militares de Argentina, Chile y Uruguay, ha tenido un impacto profundo en la formación de partidos desde 1965. Hacia 1974, ambos partidos empezaron a echar raíces en la sociedad y se volvieron actores relevantes en el proceso político. En 1979, conscientes de que las tendencias electorales favorecían cada vez más al MDB, el gobierno una vez más abolió los partidos existentes e impusieron una reforma del sistema electoral, esta vez permitiendo el resurgimiento gradual de un sistema multipartidista. Una vez más, la intervención del Estado moldeó decisivamente el sistema de partidos. La mayoría de los partidos actuales tienen antecedentes en el periodo 1966-1979; en el caso de los dos partidos más grandes, el PMDB y el PFL, este legado es directo.

Los líderes estatales también ayudaron a organizar algunos de los partidos más importantes del nuevo periodo de democracia (1985-presente). El segundo partido parlamentario más grande del periodo posterior a 1985, el conservador Partido del Frente Liberal (PFL) fue creado por gobernadores de los estados brasileños del noreste; una vez más, las elites gobernantes lideraron la creación de un partido. El heredero de Arena, el PDS, también fue básicamente una creación desde arriba.

Debido a las múltiples intervenciones estatales, la formación del sistema de partidos brasileño ha sido marcada por discontinuidades que no pueden explicarse con una interpretación sociológica. Durante las últimas décadas del Imperio (las décadas de 1860 a 1880), los partidos empezaron a adquirir mayor importancia, aunque seguían siendo muy limitados. Luego, con el colapso del Imperio, los viejos partidos fueron disueltos por el gobierno militar de 1889-1894, llevándolos a su desaparición. Durante el periodo democrático de 1946-1964, el sistema de partidos empezó a institucionalizarse relativamente, para después ser eliminado por el régimen militar. Si los sistemas de partidos hubieran sido producto de tendencias estructurales a largo plazo, como lo sugieren los enfoques sobre divisiones sociales, no esperaríamos tan marcadas discontinuidades. Como lo han enfatizado Lamounier y Menguello (1986), el Estado ha sido el causante principal de dichas discontinuidades.

El papel del Estado brasileño y de las elites políticas en formar y reformar los sistemas de partidos no es exclusivo de América Latina. Incluso sistemas de partidos aparentemente bien establecidos han sido reformados decisivamente por intervenciones estatales. Por ejemplo, el régimen militar chileno de 1973-1990 deliberadamente

se propuso cambiar el sistema de partidos, y lo consiguió. El sistema de partidos se ha reducido de tres bloques principales (izquierda, centro y derecha) a dos como consecuencia de las estratagemas de los militares. El presidente peruano Alberto Fujimori trató de replantear el sistema de partidos en su país. Sus esfuerzos por desplazar a los partidos tradicionales fueron provechosos; hacia 1995, prácticamente habían desaparecido. En algunos otros países de la región, los sistemas de partidos han sido formados y reformados por los actores estatales.

Los líderes estatales no siempre consiguen reformar el sistema de partidos como lo pretenden. En Brasil, por ejemplo, el régimen militar de 1964-1985 buscaba reducir la fragmentación del sistema de partidos. Durante el periodo del régimen militar, un sistema electoral restrictivo limitó la fragmentación, pero a finales de la década de los ochenta, la fragmentación fácilmente había superado a la del periodo democrático de 1946-1964. A pesar de que el régimen militar no logró restringir en forma duradera la fragmentación, sí logró eliminar definitivamente los principales partidos de la época 1945-1964.

Si los Estados han sido importantes en la formación de los sistemas de partidos en varios casos de la tercera ola, ¿por qué nuestro entendimiento teórico de la formación de los sistemas de partidos no ha logrado reconocer este hecho? La mayoría de los trabajos teóricos influyentes en materia de formación de los sistemas de partidos han sido elaborados por autores familiarizados con los sistemas de partidos de Europa occidental o EU. Estos países son excepcionales por gozar de democracias continuas y de larga duración. Los Estados no han intervenido para reformar los sistemas de partidos, como sí ha ocurrido en muchos países de la tercera ola. Estados Unidos y Europa del Norte cuentan con sociedades civiles más robustas, y la vida política por lo general estaba menos regida por el Estado y más por la sociedad misma. En Europa occidental, el enfoque sociológico de la formación de los sistemas de partidos tiene bases más sólidas que en América Latina dado el temprano surgimiento de la democracia y la forma de desarrollo político menos patrimonial. Incluso entre las democracias industrializadas avanzadas, sin embargo, hay un caso donde el Estado deliberadamente modificó el sistema de partidos: Francia bajo de Gaulle (Suleiman, 1994).

Como mostrarán los siguientes capítulos, el caso brasileño también subraya el papel de las elites políticas fuera del Estado en la formación de los sistemas de partidos desde arriba. Las elites políticas desde 1985 se han visto envueltas en cientos de casos de cambios de partidos. Han promovido muchas de las fusiones y divisiones partidistas. Estas acciones han afectado significativamente al sistema de partidos y no pueden entenderse desde una perspectiva de abajo hacia arriba.

El énfasis en el papel de los Estados y las elites políticas en la formación del sistema de partidos dirige la atención hacia el papel de las opciones y el liderazgo en



la formación de la política partidista. Las elites políticas enfatizan algunos aspectos y ocultan otros. Sobre todo antes de la institucionalización de un sistema de partidos, sus opciones afectan los asuntos que serán sobresalientes en los distintos sistemas políticos. Dichas opciones señalan qué divisiones sociales serán políticamente relevantes.

Con algunas excepciones (M. Souza, 1976; Lamounier y Menguello, 1986), la mayoría de los autores que tratan los sistemas de partidos en América Latina no han puesto suficiente atención en el papel del Estado. Tal como la literatura sobre corporativismo (Malloy, 1977; Schmitter, 1971, 1974; Stepan, 1978b) cuestionó la visión de que debería verse a los patrones de representación de intereses como emanando sólo de la sociedad, cuando de hecho a menudo son estructurados desde arriba. Ahora es tiempo de que los analistas reconozcan el profundo impacto que las elites políticas y los Estados han tenido en la formación de los sistemas de partidos en las democracias de la tercera ola.

## Conclusión

En síntesis, la mayor parte de la literatura, sobre todo la que versa sobre divisiones sociales y patrones espaciales, implícitamente concibe que la formación del sistema de partidos es un reflejo de la sociedad, al tiempo que pone énfasis en un enfoque de abajo hacia arriba. Este enfoque subestima el impacto de los Estados y las elites políticas en la formación de los sistemas de partidos. Esta influencia es especialmente importante cuando volteamos hacia muchas de las nuevas democracias.

Los análisis sobre los partidos y los sistemas de partidos de la tercera ola han proliferado en la última década, pero en general no han buscado cuestionar la forma en que teorizamos y comparamos los sistemas de partidos.<sup>15</sup> Dicho desafío es lo que corresponde. Asimismo, analizar los sistemas de partidos de la tercera ola nos permite percibir algunos aspectos de gran importancia que no resaltan en los casos de Europa occidental.

## Bibliografía

Adrogué, Gerardo (1995), "El nuevo sistema partidario argentino", en Carlos Acuña (ed.), *La nueva matriz política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.

- Archer, Ronald (1995), "Party Strength and Weakness in Colombia's Besieged Democracy", en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (eds.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford, Stanford University Press.
- Baloyra, Enrique y John Martz (1979), *Political Attitudes in Venezuela: Societal Cleavages and Public Opinion*, Austin, University of Texas Press.
- Bartolini, Stefano y Peter Mair (1990), *Identity, Competition, and Electoral Availability: The Stabilisation of European Electorates, 1885-1985*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.
- Bendel, Petra (1993), "Partidos políticos y sistemas de partidos en Centroamérica", en Dieter Nohlen (ed.), *Elecciones y sistemas de partidos en América Latina*, San José, Instituto Interamericano de Derechos Humanos/CAPEL.
- Berquó, Elza y Luiz Felipe de Alencastro (1992), "A Emergência do Voto Negro", *Novos Estudos*, 33, Julio.
- Biondel, Jean (1968), "Party Systems and Patterns of Government in Western Democracies", *Canadian Journal of Political Sciences*, 1, núm. 2, junio.
- Bruneau, Thomas C. y W.E. Hewitt (1989), "Patterns of Church Influence in Brazil's Political Transition", *Comparative Politics*, 22 núm. 1, octubre.
- Carvalho, José Murilo de (1980), *A Construção da Ordem*, Río de Janeiro, Campus.
- Chibber, Pradeep y Mariano Torcal (1997), "Elite Strategy, Social Cleavages, and Party Systems in a New Democracy: Spain", *Comparative Political Studies*, 30, núm. 1 febrero.
- Clark, Terry Nichols y Seymour Martin Lipset (1991), "Are Social Classes Dying?", *International Sociology*, 6, núm. 4, diciembre.
- Collier, Ruth Berins y David Collier (1991), *Shaping the Political Arena*, Princeton, Princeton University Press.
- Conaghan, Catherine M. (1996), *The Irrelevant Right: Alberto Fujimori and the New Politics of Pragmatic Peru*, Documento para la conferencia "Conservative Parties, Democratization, and Neoliberalism in Latin America: Mexico in Comparative Perspective", Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, mayo 31-junio 1.
- Converse, Philip (1964), "The Nature of Belief Systems in Mass Publics", en David Apter (ed.), *Ideology and Discontent*, Nueva York, The Free press.
- Cotta, Maurizio (1994), "Building Party System after the Dictatorship: The East European Cases in a comparative Perspective", en Geoffrey Pridham y Tatu Vanhanen (eds.), *Democratization in Eastern Europe: Domestic and International Perspective*, Londres, Routledge.

- Daadler, Hans (1966), "Parties, Elites y Political developments in Western Europe", en Joseph La Palombara y Myron Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University press.
- Daalder, Ivo H. (1983), "The Italian Party System in Transations: The End of Poliarized Pluralism?", *West European Politics*, 6, núm. 3, julio.
- Dalton Russel, Scott C. Flanagan y Paul Allen Beck (ed.) (1984), *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment or Dealignment?*, Princeton, Princeton University press.
- Dix, Robert H. (1989), "Cleavage Structures and Party System in Latin America", *Comparative Politicsn* 22, núm. 1, octubre.
- (1992), "Democratization and the Institutionalization of Latin American Political Parties". *Comparative Polirical Studies*, 24, núm. 4, enero.
- Dogan, Mattei (1967), "Political Cleavage and Social Stratification in France and Italy", en Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*, Nueva York, The Free press.
- (1995), "Erosion of Class Voting and of the Religious Vote in Western Europe", *International Social Science Journal*, 146, diciembre.
- Downs, Anthony (1957), *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper and Row.
- Duverger, Maurice (1954), *Political Parties: Their organization and Activity in the Modern State*, Londres, Methuen.
- Enelow, James M. y Melvin J. Hinich (eds.) (1990), *Advances in the Spatial Theory of Voting*, Cambridge and Nueva York, Cambridge University Press.
- Erickson, Kenneth Paul (1977), *The Brazilian Corporative State and Working-Class Politics*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- Germani, Gino (1974), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- Gibson, Edward (1996), *Class and Conservative Parties: Argentina in Comparative Perspective*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- González, Luis Eduardo (1991), *Political Structure and Democracy in Uruguay*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- Gunther, Richard et al. (1986), *Spain After Franco: The Making of a Competitive Party System*, Berkeley, University of California Press.
- Huntington, Samuel P. (1968), *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press.
- (1991), *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman, University of Oklahoma Press.

- Inglehart, Ronald (1977), *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press.
- (1984), “The Changing Structure of Political Cleavages in Western Society”, en Russell J. Dalton, Scott C. Flanagan y Paul Allen Beck (eds.), *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment or Dealignment?*, Princeton, Princeton University Press.
- (1990), *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton, Princeton University Press.
- Janda, Kenneth (1980), *Political Parties*, Nueva York, The Free Press.
- Katz, Rixchard S. y Peter Mair (1994), *How Parties Organize: Change and Adaptation in Party Organizations in Western Democracies*, Londres Sage.
- Keck, Margaret E. (1989), “The New Unionism in the Brazilian Transition”, en Alfred Stepan (ed.), *Democratizing Brazil: Problems of Transition and Consolidation*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press.
- (1992), *The Workers’ Party and Democratization in Brazil*, New Haven, Yale University Press.
- Kinzo, Maria D’Alba Gil (1991), “La elección presidencial de 1989: el comportamiento electoral en una ciudad brasileña”, *Revista de Estudios Políticos*, núm.74, octubre-diciembre.
- Kirchheimer, Otto (1966), “The Transformation of the Western European Party System”, en Joseph La Palombara y Myron Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press.
- Kitschelt, Herbert (1989), *The Logics of Party Formation: Ecological Politics in Belgium and West Germany*, Nueva York, Oxford University Press.
- (1992), “The Formation of Party System in East Central Europe”, *Politics and Society*, 20, ným. 1 marzo.
- (1994), *The Transformation of European Social Democracy*, Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press.
- (1995), “Party Systems in East Central Europe: Consolidation or Fluidity?”, Centre for the Study of Public Policy, University of Strathclyde, Paper 241.
- *et al.*, (en prensa), *Post-Communist Party Systems, Competition, Representation, and Inter-Party Collaboration*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Knutsen, Oddbjorn (1988), “The impact of Structural and Ideological Party Cleavages in West European Democracies. A Comparative Empirical Analysis”, *British Journal of Political Science*, 18, núm. 3 julio.

- Laakso, Markku y Rein Taagepera (1979), "Effective Number of Parties: A measure with Application to Western Europe", *Comparative Political Studies*, 12, núm. 1, abril.
- Lagos, Marta (1996), *The Latinobarometro: Media and Political Attitudes in South America*, Documento presentado en la reunión anual de American Political Science Association, agosto 29-septiembre 1.
- Lammounier, Bolivar (1980). "O Voto em São Paulo, 1970-1978", en Bolivar Lammounier (ed.), *Voto de desconfiança: Eleições e Mudança Política no Brasil, 1970-1979*, Petrópolis, Vozes/CEBRAP.
- y Rachel Meneguello (1986), *Partidos Politicos e Consolidação Democrática*, São Paulo, Brasiliense.
- Lijphart, Arend (1984), *Democracies: Patterns of Majoritarian and Consensus Government in Twenty-One Countries*, New Haven, Yale University Press.
- Linz, Juan J. (1978), *The Breakdown of Democratic Regimes: Crisis, Breakdown, and Reequilibrium*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- (1980), "Religion and Politics in Spain: From Conflict to Consensus Above Cleavage", *Social Compass*, 27.
- y Alfred Stepan (1996), *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Lipset, Seymour Martin y Stein Rokkan (1967), "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction", en Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (eds.), *Party System and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*, Nueva York, Free Press.
- Mackie, Thomas T. y Richard Rose (eds.) (1991), *The International Almanac of Electoral History*, 3a. ed., Washington, Congressional Quarterly.
- Mainwaring, Scott y Timothy R. Scully (1995), "Party Systems in Latin America" en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (eds.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford, Stanford University Press.
- Malloy, James M. (ed.) (1977), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Mayhew, David (1974), *Congress: The Electoral Connection*, New Haven, Yale University Press.
- Mericle, Kenneth S. (1977), "Corporatist Control of the Working Class: Authoritarian Brazil Since 1964", en M. Malloy (ed.), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

- Morlino, Leonardo y José Ramón Montero (1995), "Legitimacy and Democracy in Southern Europe", en Richard Gunther, P. Nikiforos Diamandouros y Hans-Jürgen Puhle (eds.), *The Politics of Democratic Consolidation: Southern Europe in Comparative Perspective*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Moser, Robert G. (1995), "The Emergence of Political Parties in Post-Soviet Russia", Ph. D. Dissertation, University of Wisconsin.
- Nohlen, Dieter (ed.) (1993), *Enciclopedia electoral de América Latina y el Caribe*, San José, Costa Rica, Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- Panbianco, Angelo (1988), *Political Parties: Organization and Power*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Pedersen, Mogens N. (1983), "Changing Patterns of Electoral Volatility in European Party System: Explorations in Explanation", en Hans Daalder y Peter Mair (eds.), *Western European Party Systems: Continuity and Change*, Beverly Hills y Londres, Sage.
- Pierucci, Antônio Flavio y Reginaldo Prandi (1995), "Religiões e Voto: A Eleição Presidencial de 1994", *Opinião Pública*, 3, núm. 1 mayo.
- Pizzorno, Alessandro (1981), "Interests and Parties in Pluralism", en Suzanne Berger, (ed.), *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Plasser y Ulram (1993), "Zum Stand der Demokatisierung in Ost-Mitteuropa", en Fritz Plasser y Peter A. Ulram (eds.), *Transformation oder Stagnation? Aktuelle Politische Trends in Osteuropa*, 2, Vienna, Schriftenreihe des Zentrums für angewandte Politikforschung.
- Przeworski, Adam (1975), "Institutionalization of Voting Patterns, or is Mobilization the Source of Decay?", *American Political Science Review*, 69, núm. 1.
- (1985), *Capitalism and Social Democracy*, Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press.
- y Johns Sprague (1986), *Paper Stones: A History of Electoral Socialism*, Chicago, University of Chicago Press.
- Robertson, David (1976), *A Theory of Party Competition*, Londres, Wiley.
- Rokkan, Stein (1970), *Citizens, Elections, Parties: Approaches to the Comparative Study of the Processes of Development*, Nueva York, McKay.
- Rose, Richard (1995), "Mobilizing Demobilized Voters in Post Communist Societies" Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Working Paper 1995/76 (septiembre).
- y Derek Urwin (1969), "Social Cohesion, Political Parties, and Strains in Regimes", *Comparative Political Studies*, 2, núm. 1, abril.

- Rueschemeyer, Dietrich, Evelyne Huiber Stephens y Johns D. Stephens (1992), *Capitalist Development and Democracy*, Chicago, University of Chicago Press.
- Samuels, David Julian (1996), "Parties and Politicians: Collective and Individual Strategy Under the Open List in Brazil", Unpublished article.
- Sani, Giacomo y Giovanni Sartori (1983), "Polarization, Fragmentation, and Competition in Western Democracies", en Hans Daalder y Peter Mair (eds.), *Western European Party Systems*, Beverly Hills, Sage.
- Santos, Wanderley Guilherme dos (1986), *Sessenta e Quatro: Anatomia da Crise*, São Paulo, Vértice.
- Sartori, Giovanni (1969), "Maintaining Political Control Through Parties: The Brazilian Strategy", *Comparative Politics*, 15, núm. 1 octubre.
- (1976), *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*, Nueva York y Cambridge, Cambridge University Press.
- Schattschneider, Elmer E. (1942), *Party Government*, Nueva York, Farrar and Rinehart.
- Schedler, Andreas (1995), "Under and Overinstitutionalization: Some Ideal Typical Propositions Concerning Old and New Party Systems", University of Notre Dame, Kellogg Institute for International Studies, Working Paper 213 (marzo).
- Schmitt, Hermann (1989), "On Party Attachment in Western Europe and the Utility of Eurobarometer Data", *West European Politics*, 12, núm. 2, abril.
- Schmitter, Philippe (1971), *Interest Conflict and Political Change in Brazil*, Stanford, Stanford University Press.
- (1974), "Still the Century of Corporatism?", *Review of Politics*, 36, núm. 1 enero.
- Scully, Timothy R. (1992), *Rethinking the Center: Cleavages, Critical Junctures, and Party Evolution in Chile*, Stanford, Stanford University Press.
- Seligson, Mitchell A. (1987), "Costa Rica and Jamaica", en Myron Weiner and Ergun Ozbudu (eds.), *Competitive Elections in Developing Countries*, Durham, Duke University Press/American Enterprise Institute.
- Shugart, Matthew Soberg y John Carey (1992), *Presidents and Assemblies: Constitutional design and Electoral Dynamics*, Cambridge University Press.
- Soares, Gláucio Ary Dillon (1967), "Brasil: A Política do Desenvolvimento Desigual", *Revista Brasileira de Estudos Políticos*, 22, enero.
- (1973), *Sociedade e Política no Brasil*, São Paulo, Difusão Européia do Livro.
- (1982), "El sistema político brasileño: nuevos partidos y viejas divisiones", *Revista Mexicana de Sociología*, 4, núm. 3, julio-septiembre.

- Souza, Amaury de (1978), "The Nature of Corporatist Representation: Leaders and Members of Organized Labor in Brazil", Ph.D. Dissertation, Cornell University.
- Souza, Maria do Carmo Campello de (1976), *Estado e Partidos Políticos no Brasil (1930 a 1964)*, São Paulo, Alfa Omega.
- Stepan, Alfred C. (1978b.), *The State and Society: Peru in Comparative Perspective*, Princeton, Princeton University Press.
- Suleiman, Ezra N. (1994), "Presidentialism and Political Stability in France", en Juan J. Linz y Arturo Valenzuela (eds.), *The Failure of Presidential Democracy*, vol. 1, *Comparative Perspectives*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Valenzuela, J. Samuel (1995), "The Origins and Transformations of the Chilean Party System", University of Notre Dame, Kellogg Institute for International Studies, Working Paper 215 (diciembre).
- Von Mettenheim, Kurt (1995), *The Brazilian Voter: Mass Politics in Democratic Transition, 1974-1986*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Weyland, Kurt (1978), *O Populismo na Política Brasileira*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Weyland, Kurt (1996a), *Democracy without Equity: Failures of Reform in Brazil*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Weyland, Kurt (1996b), "How Much Political Power do Economic Forces Have? Conflicts over Social Insurance reform in Brazil", *Journal of Public Policy*, 16, núm. 1.
- White, Stephen, Richard Rose y Ian McAllister (1997), *How Russia Votes*, Chatham, Chatham House.
- Yashar, Deborah J. (1995), "Civil War and Social Welfare: The Origins of Costa Rica's Competitive Party System", en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (eds.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford, Stanford University Press.
- Zuckerman, Alan (1975), "Political Cleavage: A Conceptual and Theoretical Analysis", *British Journal of Political Sciences*, 5, núm. 2.